

CARO, JOSÉ EUSEBIO (1817-1853)

POESÍAS

INDICE:

EL HUÉRFANO SOBRE EL CADÁVER
EL CIPRÉS
DESESPERACIÓN
MI JUVENTUD
DESPUÉS DE VEINTE AÑOS
APARICIÓN
PRESENTIMIENTO
EL POBRE
EN UNAS BODAS
CAPA ROTA
EN BOCA DE UNA MADRE
LA FLOR ARTIFICIAL
AL DR. N. R. CHEYNE
CENIZA Y LLAMA
AL CHIMBORAZO
JUNÍN
LA NUEVA TORRE DE BABEL
¡GUERRA AL INGLÉS!
EN BOCA DEL ÚLTIMO INCA
HÉCTOR
EL HIMNO GRANADINO
A OCAÑA
A MARACAIBO
EN ALTA MAR
¡BUENAS NOCHES, PATRIA MÍA!
LA IMAGEN DE LA PATRIA
EL HACHA DEL PROSCRITO
EL VALSE
DECLARACIÓN
TUS OJOS Y TU AMOR
MEMORIA
¡TODO MI CORAZÓN!
CONTRASTE
LOS JUEGOS DE NIÑOS
LA GLORIA Y LA POESÍA
ADIÓS
MI AMOR
¡POBRE AMOR, TAN BELLO!

DESALIENTO
EL MAYOR PESAR
LA HURÍ
HISTÓRICO
LA MAÑANA
LA VENIDA A LA CIUDAD
UN SUEÑO
EL Y YO
EI SERAFÍN Y LA MUJER
MI LIRA
EN UN BAILE
EN VÍSPERAS DEL COMBATE
¡LA HE VUELTO A VER!
EL ROBO
¡ETERNO ADIÓS!
SOCIEDAD Y SOLEDAD
ESTAR CONTIGO
LA SONRISA DE LA MUJER Y EL ALMA DEL POETA
TU NOMBRE
LA ESTRELLA
ENVIANDO UNA MANZANA
¡PERDÓN! ¡PERDÓN!
PROPOSICIÓN DE MATRIMONIO
LA BENDICIÓN NUPCIAL
UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD
LA BUENA VIEJA
ANIVERSARIO
LA BENDICIÓN DEL FETO
EL BAUTISMO
A UN TIRANO
LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO
LARA O LOS BUCANEROS

EL HUERFANO SOBRE EL CADÁVER

I

Este tu cuerpo es, pues, ¡oh padre mío!
¡Padre! Ya no respondes. ¿Qué te has hecho?
¿Eres acaso el cuerpo inmóvil, frío,
Que yace aquí sobre este aciago lecho?

¡Oh, no! que hablabas, y este cuerpo calla,

Calla y nunca hablará: tu lengua muerta
Fija, trabada al paladar se halla,
Y la vida en tus ojos no despierta.

Al recibir mis últimos abrazos
Ayer de amor tu corazón latía,
Y me estrechaban con afán tus brazos,
Y una lágrima en tu ojo se veía.

Y hora a tus ojos lágrimas no asoman,
Y hora en tu pecho ni un latido siento,
Y hora tus brazos yertos se desploman
Cuando enlazarlos a mi cuello intento.

¡Oh! ya no volverán nunca a abrazarme
¡Oh padre mío! de mi infancia amigo,
Nunca ya volverás a consolarme,
Nunca a llorar ya volverás conmigo.

Y este cuerpo infeliz, manos de extraños
A hundirlo van en olvidado suelo:
Y sobre él volverán sin fin los años,
Y sobre él lucirá sin fin el cielo.

II

Y para mí las risas y alegrías,
Y las horas de amor, de luz, de oro
Vieron su fin; y desde hoy los días
Van a empezar de soledad y lloro.

De hoy más, bajo el hogar del extranjero,
Sin ti me sentaré solo a la mesa:
Y, como tú te fuiste, si yo muero,
Nadie a llorar irá sobre mi huesa.

Y un ser sobre la tierra que me ame
Como me amaste tú, buscaré en vano...
¡Ah! ¿qué me importa que haya quien me llame
Alguna vez amigo, esposo, hermano?

Sin el amor, ¿de amor qué son los nombres?
No logran engañar ni al que los dijo.
¡Ay! no veré de nuevo entre los hombres
Al que de veras me llamaba hijo.

Tú, tú me amaste, y sólo tú supiste
De amar mi sed, mi sed de ser amado;
Y a mí tu inmenso corazón abriste,
Y en el entré, y en el quedé saciado.

Y hora te vas ... ¡ah! ya te fuiste ... y nunca,
¡Oh! nunca ... ¡No! vuelve otra vez siquiera.
Vuelve; que ya mi vida siento trunca,
Y espera en ti mi amor que en nada espera.

EL CIPRÉS

Árbol sagrado, que la oscura frente,
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso,
Despliegas hacia el cielo tristemente;
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos
Mi orfandad y miseria lamentando.
Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Sólo tu tronco escucha mis gemidos,
Sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
Hubo, sí, día en que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba ...
Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma
Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado
Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero...
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
Vanamente ... ¡los rostros de los hombres
Me son desconocidos!

Y sus manes, empero, noche y día
Presentes a mis ojos afligidos
Vienen a resonar en mis oídos.
¡Sí, funeral ciprés! Cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario búho
En tus oscuros ramos aletea;
La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que a velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos se aparece.

Y si el viento sacude impetuoso
Tu elevada cabeza,
Y a su furor con susurrar medroso
Responde pavoroso;
En los tristes silbidos
Que en torno de ti giran,
A los paternos manes
Escucho que dulcísimos suspiran.
Árbol augusto de la muerte ¡nunca
Tus verdores abata el bóreas ronco!
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe
Se enrosque en torno de tu pardo tronco!
¡Jamás el rayo ardiente
Abraza tu alta frente!

Siempre inmoble y sereno
Por las cóncavas nubes
Oigas rodar el impotente trueno!
Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
Cerrar el dedo de la muerte quiera,
Cuando esconderse mire en occidente
Al sol por vez postrera,
Moriré sosegado
A tu tronco abrazado.
Tú mi sepulcro ampararás piadoso
De las roncadas tormentas;
Y mi ceniza entonces agradecida,
En restaurantes jugos convertida,
Por tus delgadas venas penetrando,
Te hará reverdecir, te dará vida.
Quizá sabiendo el infeliz destino
Que oprimió mi existencia desastrada,
Sobre mi pobre tumba abandonada
Una lágrima suelte el peregrino.

DESESPERACIÓN

El sepulcro me aguarda: en vano, en vano
Lucho y relucho al borde del abismo;
Que en mi afligido corazón se enclava
La dura mano del fatal destino.
Cubierto ya de tempestad oscura
Muéstrase el cielo; y ronco en su mugido
El trueno que amenaza mi cabeza
Rueda en los senos del excelso Olimpo...

¡Piedad, buen Dios! Arroja de tu mano
La cuchilla sangrienta de exterminio;
Mi ruego escucha; no el clamor desoigas
Con que demanda tu favor tu hijo.
Y si a tus ojos criminal parezco,
Si digno soy del celestial castigo,
Si escrita está mi próxima ruina
Del porvenir sobre el eterno libro;
Harto carcomen mi existencia infausta
Mi propia angustia y mi tenaz martirio.

¡Ay de mí! Placentera la inocencia,
Del sueño un tiempo susurrando el himno,
Mi cuna remeció; la amable infancia,
De la mano llevándome cogido,
A los prados guió mis tiernos pasos,
Y entre las flores retozó conmigo...
Y hoy, en la aurora de mis verdes días,
Cuando la copa del placer propicio
Brinda el amor; cuando la voz de guerra,
El pecho salta de impaciente brío,
Sólo en mi alma con afán excava
El infortunio su hondo precipicio,
Bramando dentro cual borrasca ronca
De las pasiones los contrarios gritos.

¿Qué espero ya? ¿Por qué vacilo?
¿Acaso Más allá de la tumba mi destino
También me oprimirá? ¿También la muerte
Traerá la espina del pesar consigo?
¡No! en la callada eternidad no sopla
El huracán del reino de los vivos;

Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos.
¡Oh! ¡Escóndame en sus senos! ¡La honda llaga
De mi insanable corazón, alivio
Sólo allí encontrará; sólo su inmensa
Concavidad me servirá de asilo.
¿Qué busco ya en la tierra? ¿Del sepulcro
Ha vuelto acaso mi primer amigo?
¿Sus acentos de paz y de consuelo
Otra vez sonarán en mis oídos?

¿Derramara, cual en mejores años,
Aun sobre mí su celestial rocío... ?
¡Nunca!... mas ¡ay! que su paterna sombra
Ante mis ojos muéstrase, lo mismo
Que cual lo vi del moribundo labio
Soltar mi nombre en su postrer suspiro.

Mi padre ... ¡Sí! cuando trasmonta y se hunde
En occidente el astro de los siglos,
Y triste suena por los altos cielos
La fatal hora en que nació el suicidio,
Mi padre se presenta... Sí... mi padre...
Del sol sentado en el inmenso disco,
Yo, yo lo veo... sus amantes brazos
Alarga tierno a su infelice hijo.
Ya vuelo a ellos... ¡Ay! deja tan sólo,
Deja que lllore en el sepulcro mío;
Que cuando cubra mis cenizas, nadie
Sobre mi losa lanzará un gemido.

MI JUVENTUD

Infancia, infancia, que mi pecho un tiempo
Alimentabas con tu fresca brisa,
Porqué no tornas mas? ¿porqué a mis ojos
Se oscureció de la esperanza el día?
¡Ah! semejante a las virjineas nieblas
Que de los montes el azul cobijan
En la mañana cándida, tu velo
Fragante de ámbar sobre mí tendías.
Y hora entre sombras a mi vaga mente
Tu sueño aéreo rápido se pinta;

Lánzome a él; y el ala de los tiempos
Mas, mas lo esconde a mi anhelante vista!

Y, ciego, insano, con mortal angustia,
En balde me sacudo; de mi vida
El sol funéreo a su cenit ya llega,
Su ojo de sangre ya encendido brilla.
¿Lo veis? lo veis? De lo alto de los cielos
Con ígneo nudo la garganta mía
Ciñe y abrasa; y con furor vibrando
Su lanza de oro sobre mí la hinca.

¡Oh! ¡basta ya! ¡no más...! mi flaca mano
A las hinchadas fauces negrecidas
Llevo, y la aparto ardiendo; en vez de sangre
Fuego corre en mis venas, y pompillas
Brotan la lengua mil. ¿Dó está la copa,
La usada copa que, por la alta orilla
La leche derramando a borbotones,
Mis secos labios refrescar solía?
¿ Dónde el marmóreo baño, de palmeras
Oscuro entoldado, al que yo iba
A hacer bullir de murmurante lluvia
Hasta mis pies las perfumadas linfas?
¿Dó al agrio caldo que al mantel de nieve
Manaba allí de la entreabierta piña?
No valerme podrán? ¡Ah! con mi infancia
Risa, cantaros, juguetonas triscas,
Todo abismóse; no podrán valerme,
¡No aplacarán las furias que me agitan!

¡Nadie jamás ya lo podrá....! Mi padre,
Mi padre solo mi dolor oiría....
El, solo él.... como en mejores años
Cuando acallaba las angustias mías,
Y, ciego, y pobre, y desvalido, y triste,
Mi amargo llanto consolar sabía.

El... mi padre... también... ya para siempre
También huyó con mi niñez tranquila;
Y, en su lugar, desconocidos sueños
Mi ardiente edad, mi juventud enfrían.
Hoy... solo yo lo sé....cual si durmiera
Del tigre en la caverna, todavía
Con sangre salpicada, yo en las horas
Calladas de la noche, con no vista

Congoja y repentino sobresalto,
Despiértome temblando: adoloridas
Mis cansadas espaldas erizarse
Sienten el lecho, con horror, de espinas:
Entre el silencio de las densas sombras,
De alguno que callado se aproxima
Oigo los sordos pasos; y apartando
De mi pecho las ropas que lo abrigan,
De una mano fatal que no conozco
Los fríos huesos sobre mí se estiran.
Yo tiemblo y callo... El corazón me hielan
Sus dedos de esqueleto mis mejillas
Baña sudor mortal... ¡todo encogido
No oso mover mis palpitantes fibras... ..!

¡Y esta es mi juventud! ¡La edad es esta
Que yo cantando a recibir salía!
¡Estos los brazos son de tierna esposa!
¡Estos sus besos de placer y vida!
Buen Dios, Dios de piedad! ¿cuál fue mi crimen
Para que así con tu furor me oprimas?

Cuál, cuál ha sido? Y, si tus santas leyes
Acaso hollé; si tu tremenda ira
Provoqué insano, ¿ya expiación bastante
No ofrece el curso de mis negros días?
Qué mas demandas? Triste, abandonado,
Llorando a solas sobre mi honda herida,
¿Harto no padecí, sin ver siquiera,
Para enjugar mis lágrimas, la orilla
De un manto alzar, sin que una voz oyese
Que se doliera de la suerte mía?
¡Duélete tú....! ¡Perdón! de ti lo espero!
Perdón...! Mas ¡ay! que de mi yerma vida
Inmóvil brilla en el confín profundo
Lívida mancha; el huracán ya silba
Con sordo zumbo; de rojiza arena
Rodar se ven dispersas nubecillas....

Ya van creciendo, ya... su ardiente soplo
Hierde y enturbia mi espantada vista.
Llegó mi hora! Ya bambaleando
Bajo mis pies, que al gran vaivén vacilan,
El desierto en furiosos remolinos
Todo entero revuélvese y se agita....
¡Qué hacer...! Yo huyo... ¡Cielos! A mi espalda,

¿Qué miro alzarse...? ¡Pálida, sombría,
Gigantesca fantasma, de su seno
Detrás de mí la eternidad vomita!
¡Ay! ¡que sin ojos....! Harto te conozco,
Padre, tremenda sombra! Mis desdichas
Vienes a terminar... Si, ya lo entiendo:
Yo de tu boca con la boca mía
Recogí el ¡ay! postrero; yo tus ojos

Moribundos cerré; yo tu ceniza
En la tumba escondí: la sacra deuda
Hoy a pagarme vienes... ¡Ay! ¿suspiras...?
¿No me ves? no me ves? ¡Triste! ya es justo
Que en tus paternos brazos me recibas:
Ábrelos, ¡ay! esa será mi tumba,
¡La tumba, sí, que al cielo yo pedía!

DESPUÉS DE VEINTE AÑOS

I.

Salud, ¡oh sombra de mi viejo amigo!
Tras largos días de lejana ausencia,
Vuelve a buscarte aquel tu pobre hijo
¡Que amaste tanto y que te amó de veras!

¡Sí; yo a buscarte vuelvo, padre mío!
A orar a Dios por ti sobre tu huesa,
Y a bendecirte porque me has cumplido
La postrera y mejor de tus promesas!

La noche tras la cual más no te he visto,
Tarde.. lloviendo.... la ciudad desierta....
Ya a morir ibas...solo yo contigo,
De tu lecho lloraba a la testera;

Y meditaba entonces, aunque niño,
Que en dos iba a partirse mi existencia:
Atrae la luz, mi infancia y un amigo!
Delante, el mundo, solo y en tinieblas!

Y, vuelto a ti de espaldas, distraído,
Pronto olvidé que alguno allí me oyera,
Y ronco sollocé con grandes gritos,

Y a mi inmensa aflicción di larga suelta.

Súbito al lado escucho un leve ruido,
A verte voy con una horrible idea:
Ya! Mas sentado y fúlgido te miro,
Con los ojos en mí, cual si me vieras;

Y dulce, y triste, y serio a un tiempo mismo:
José no llores más. Aunque yo muera,
Morir no es perecer. Tu padre he sido;
¡imposible que siempre no lo sea!

Y vi tus brazos hacia mí tendidos..
Y al punto obedecí la muda seña;
Y desahugué mi seno comprimido,
En tu seno escondida mi cabeza.

Ay! largo espacio así permanecemos:
Tus brazos me estrechaban ya sin fuerza...
¡Y me encontré con tu cadáver tibio,
Que al otro día me ocultó la tierra!

II.

De entonces acá, veinte años se han corrido:
Nadie en el mundo ya de ti se acuerda....
Uno no mas, presente siempre y vivo
¡En su memoria y corazón te lleva!

Y empero ¡en cuánto aturdidor bullicio
Mi vida ha estado desde entonces envuelta!
Fusil al hombro, y sable y daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas:

Y negros bosques, y anchurosos ríos,
Y verdes campos y azuladas sierras,
He visto, y luego el mar inmenso he visto,
Y vi su soledad y su grandeza:

Y en lid campal, entre humo, y polvo, y ruido,
Y entre hombres, y caballos, y banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto a mi derecha y a mi izquierda:

Y luego a pueblos fui grandes y ricos,

Y vi sus monumentos y sus fiestas,
Bailé sus danzas y bebí sus vinos,
Y en el seno dormí de sus bellezas:

Y en calabozos fétidos y fríos
He dormido también entre cadenas;
Y desnudo, y hambriento, y fugitivo,
He vagado también de selva en selva:

¡Y en medio de placeres y peligros,
De fatigas, de glorias, de miserias,
Tu voz, tu imagen siempre fue conmigo
En íntima y tenaz reminiscencia!

Y un pensamiento extraño me ha venido,
Que ni sé si me aflige o me consuela:
Y es que vives aún, oh padre mío!
Y andas con otro nombre por la tierra;

Que estás resucitado y trasfundido;
Que en otro ser te mueves, hablas, piensas;
¡Que ese soy yo! que somos uno mismo!
¡Que tu existencia ha entrado en mi existencial

APARICIÓN

Mi lámpara nocturna está apagada;
Solo estoy en silencio y en tinieblas;
Ningún reloj, ningún rumor se escucha
Por la ciudad que inmensa me rodea.

¡Oh noche! entre tus sombras lo presente,
El porvenir, el mundo, la materia,
Ayer, mañana, la ambición, la carne,
El curso de la vida que nos lleva,

El sudor por el pan de cada día,
La envidia cuyo diente nos asecha,
De los falsos amigos la perfidia,
Del triunfante enemigo la insolencia;

Todo desaparece: sordo, ciego,
Muerto, el hombre entre el hombre se concentra;
Y en gloria y soledad ante sí misma

Súbito el alma humana se presenta.

¡Sí! gloriosa y solitaria el alma,
La posesión sintiendo de sus fuerzas,
Lánzase libre al invisible mundo
Que sus nobles instintos le revela.

En vano ensancho mas y más los ojos,
En vano los oídos tengo alerta;
Sólo escucho el zumbido del silencio,
Sólo miro espesarse las tinieblas.

Del fondo, empero, de silencio y sombras
Siento venirme claridad incierta,
Y las voces volver de lo pasado,
Y la feliz edad de la inocencia.

Vuelven mis olvidadas ilusiones,
Mis recuerdos de infancia, mis creencias;
Vuelvo a soñar lo que jamás he hallado,
Lo que en vano busqué sobre la tierra.

Vuelvo a ver lo que amé, cual lo veía
Cuando el amor sentí por vez primera,
Con los colores mágicos que huyeron
Ante la odiosa luz de la experiencia.

¡Oh, amistad! ¡oh, virtud! ¡oh, dulces nombres!
Vuestra noción la mente lleva impresa
Desde el nacer; y el corazón ansioso
Por convertirla en realidad se esfuerza.

Vuelvo mi padre a ver: su faz augusta,
A un tiempo mismo afectuosa y seria,
A presentarse torna ante mis ojos
Radiante de virtud e inteligencia.

¡Ayl al mirarla así, prorrumpo en llanto,
Que es de mi vida la incurable pena
El no poder vivificar la tumba,
Y conseguir que lo que fue no sea.

Sangre debo llorar, llorar mis ojos,
Al pensar de mi padre en la existencia,
En aquella existencia tormentosa
Que no halló más descanso que en la huesa.

Para la dicha y la amistad nacido,
Vivió de desengaños y dolencias;
Y murió pobre, atribulado y ciego,
Del cuerpo y de la edad aún en la fuerza.

Hoy pudiera vivir cual otros viven;
Hoy, después de tres lustros, si viviera,
Sobre su vasta frente empezarían
Sus negros rizos a argentarse apenas.

PRESENTIMIENTO

Calla entre un mar de oscuridad el mundo;
Calla; y sobre el el sueño se resbala
Y, como el ronco hervor del moribundo
Que el ¡ay! postrero en largo afán exhala,
Oyese lejos el rumor profundo
Que hace al abrir la tempestad su ala:
Sordo rodando ya se acerca el trueno...
¡Oh! ¿por qué tiembla de pavor mi seno?

¡Ah! ¡yo no sé...! De las borrascas mías
Tal vez no tarde el fin..-. de nuevo el fuerte
Sacudón siento que sentí otros días,
Cuando el amigo que me dio la suerte,
Mi mano asiendo con sus manos frías,
Vi que me dio su bendición de muerte.
Y hoy... cuando ya yo lo olvidaba... el mismo
Presagio suena en mi interior abismo.

No hay duda, no... del rumoroso suelo
Alguno va a salir... alguno en breve
Verá entreabrirse el suspirado cielo,
Verá el gran ser que el universo mueve.
¡Ah! ya lo entiendo: yo en vehemente vuelo
Soy quien lanzarse para siempre debe...
¡Ay! cierta voz. ¡*El padre!* un tiempo dijo,
¡Y él sucumbió! La voz clama ¡*El hijo!*

¡Y yo sucumbiré! La helada vida
Debo, pues, hoy dejar... ¡Ah! ¡yo pensaba,
Sí, yo pensaba que la cruda herida
Que ha de postrarme no tan cerca estaba!

¡No tanto, no! Mas ¡qué! ¿Yo la partida
Que del dolor mi corazón destraba
Debo acaso llorar? ¿Acaso encierra
Con nuestros huesos nuestro amor la tierra?

¡Vivir! ¡vivir!... ¿Y para qué? ¿Tan sólo
Para vagar por entre esquivo gente,
Y, en mi vejez, desamparado y solo,
Irme llorando con nublada frente
De las ciudades al abierto polo
A ver el sol hundirse en occidente?

¿Y para esto vivir? ¡Oh! ¡no! ¡muramos,
Y al otro borde del sepulcro vamos!

¡Oh, padre mío! ¿no es verdad ...? Apenas,
Apenas diere el temeroso salto,
Libre mi pecho de hórridas cadenas,
Latirá sin congoja y sobresalto.
¡Ah! ¡cómo he de abrazarte! Yo mis penas
Te contaré llorando; y tú en el alto
Cielo dirás, cruzándolo conmigo:
"¿Lloras? ¿no estás con tu primer amigo?"

EL POBRE

El pobre! al pobre menosprecia el mundo:
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad o ceño furibundo,
Cual un favor le dan.
La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

Oh verdes bosques, círculo del polo!
Montes, desiertos donde el rico va!
Mar insondable, eterno, inmenso y solo!
El pobre no os verá!
Ah! en los ojos del pobre brota el lloro,
Y no enternece un solo corazón;
Que las lágrimas solo en copa de oro
Merecen compasión.
Vedlo! su pié la tierra triste pisa;

Todo en él nos revela el padecer:
Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,
Y vida sin placer!
Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale mas que el mundo y mundos dos;
Inmenso bien que el oro vil no alcanza!
El pobre tiene a Dios!

EN UNAS BODAS

¡Venturoso el que en sus penas
De una amante ve la mano
Que lo arrulle y lo consuele
Y enjugar sepa su llanto!
¡Ay del triste que la vida
Pasa solo, abandonado,
Sin cariño, sin consuelo!
¡Ay del pobre solitario!

¡Venturosos los que juntos
De la luna al quieto rayo
Mecen la cuna de un niño,
Himnos de amor murmurando!
¡Ay del triste que en los montes
Sin un viviente a su lado
Contempla al sol que se hunde!
¡Ay del pobre solitario!

¡Dichosos, si, los que esperan
Que de un hijo el dedo blando
En el lecho de la muerte
Cierre sus ojos cansados!
¡Ay del que, en la hora postrera,
Los brazos al cielo alzando,
Llame a un amigo ... y espire!
¡Ay del pobre solitario!

¡Oh! ¡venturosos aquellos
Que entre el eterno descanso
Sientan verter en su tumba
Lágrimas, flores y ramos!
¡Ay del triste que, durmiendo
En un túmulo ignorado,
Ni un solo suspiro escuche!

¡Ay del pobre solitario!

CAPA ROTA

Como no tengo siquiera un cuarto
Que, al sacudirla, suene en mi bolsa,
Y nadie presta sino al que paga,
Y nadie fía sino al que compra;
No hay una aguja, no hay una hebra,
Con que mi capa rota yo cosa;
Y capa nueva, sólo en el cielo.
Así sigamos con capa rota.

Desde el instante que el primer roto
Salió a las calles con mi persona,
Sólo los chicos a mí se acercan,
A abrir con palos brecha más honda.
Con cada hora la brecha crece,
Y huye un amigo con cada hora.
¡Ah! el hombre todo es su vestido.
¡Y yo soy todo mi capa rota!

¡Ah, pobre capa! ¡cuánto despego
Inspira a todos tu vista odiosal!
Mas si con ceño todos te miran,
Aun con más ceño te miran todas!
Entre mi alma, ¿de qué me sirve
Que altas potencias de amar esconda?
Quien, ame, ame con capa nueva;
¿Qué mujer ama a un capa-rotas?

Por ti, pues, triste, esquivado y solo,
Corro al sepulcro, que cerca asoma;
Y empero, si otra mejor me diesen,
Yo no querría darte por otra.
Tú de mi padre la capa eras
Y aún verle creo que en ti se emboza.
¡Oh! ¡nunca odiarte podrá su hijo!
Sígueme siempre, pues, capa rota.

EN BOCA DE UNA MADRE

En este instante la memoria mía
Me recuerda con grata complacencia
De tu nacer el venturoso día;
El felice momento
De angustias mil y penas precedido,
En que por vez postrera
Volví a gustar sensible y amorosa
De ser madre la dicha lisonjera.
¡Ah! ¿por qué ley forzosa
El instante más dulce de la vida,
Va siempre acompañado
De la angustia más cruel y dolorosa?
¿Por qué la Parca, con furor insano,
En tan plácido día
Las puertas abre de la tumba fría?
¿Por qué amenaza la implacable suerte
A la que da la vida dar la muerte?

Tres lustros de mi vida se han pasado,
Tres lustros de la tuya se han corrido,
Desde aquel sacro, incomprensible instante
En que tanta ventura he disfrutado,
En que tantas congojas he sufrido.
En tan solemne día
La patria opresa con servil cadena,
La frente levantando más serena
Derrocaba la hispana tiranía:
Yo tu mullida cama remecía,
Cuando la trompa horrisona resuena;
Oigo el cañón de guerra; el bronce truena,
Y el ibero orgulloso,
De Boyacá en los campos confundido,
Con rabia muerde la sangrienta arena.
Bajo tan fausto agüero,
Naciste, sí, naciste
De mi primer amor fruto postrero.

Sigue, sigue tu estrella,
Que ya dejaste la niñez dichosa,
Sus tiernas gracias, sus alegres juegos,
Su amable risa, sus placeres ciegos...
¡Todo se escapa con edad tan bella!
Natura vigilante
Prende en tu pecho su divina llama
Y con afectos nobles, generosos,
Tu tierno pecho y corazón inflama;

Y a consagrarle toda tu existencia
La patria ya te llama.

¡Oh, buen Dios! ¡Si Colombia algún día
A la dura cadena volviera,
Yo te pido que este hijo antes muera
Que humillarse ante un fiero opresor!
¡Mas si libre mi patria prosigue,
Que su mano mis párpados cierre,
Que su mano mis restos entierre,
Y la muerte veré sin dolor!

Noviembre 12, 1833

LA FLOR ARTIFICIAL

Esa preciosa flor que trabajaste,
Y que imita las formas y el color
De las flores de Dios; mas que dejaste
Sin vida y sin olor...

Es de mi corazón un fiel remedo:
Mi corazón que, en triste soledad,
Es ya incapaz de fe, de amor, de miedo,
De placer, de amistad.

Mas este corazón inaccesible
A bien y mal, a crimen y virtud,
Aún es capaz del fuego inextinguible
Que llaman gratitud.

Su gratitud, que sola en él florece
Mi corazón por ti la va a sentir:
Es todo cuanto tiene, y te la ofrece...
¿La quieres admitir?

Abril 29, 1840

AL DR. N. R. CHEYNE

I

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar a los demás, pero no a ti?

Cuando, en un día tropical de enero,
Tendido el cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonces alegre el corazón
Tanta víctima humana que has salvado,
Bendiciéndote a ti después de Dios.

Y tú la diestra, pálido, entretanto,
Al pecho llevas con intenso afán
Para contar, con gozo o con espanto,
De tus arterias el latir mortal.

El rico no te paga con el oro
Que con la vida le conservas tú:
Más rico aún, el pobre con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ay! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad,
¡Ay! ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar.

Más que la griega, firme y atrevida,
A los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida;
Y un buitres te devora el corazón.

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar a los demás, pero no a ti?

II

¡Oh! no te enojas, no, con el poeta.
Si el no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,

Tampoco viene a empozoñarla más.

Su misión, cual la tuya, es de consuelo;
El sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tu sabio, simple yo -los dos cristianos-
Ambos sabemos que ante el Sumo Ser
Que pesa en su balanza a los humanos
Prueba es el mal y tentación el bien.

Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir,
Si de las tumbas en la hierba tierna
El hombre entero se ha de trasfundir;

Sabio entonces el malvado y necio el justo
¡Necio de ti que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres y haces el bien sin esperar!

Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albúmina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡Oh! si ese pensamiento aquí no acaba...
¡Sufre! y espera en tus dolores, Cheyne.

¡Oh! no te enojés, no, con el poeta.
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene a empozoñarla más.

III

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo:

El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoísmo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Sí; cuando el malo, en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa, y dice en sí mismo: ¡Qué me importa
Que otros padezcan mientras gozo yo!

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí: ¡Qué me interesa,
Si yo sufro, aliviar a los demás!

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie,
De do ha tomado libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en ti:
Los tesoros de ciencia que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabio, puedes vivir para ti mismo;
Justo, quieres servir a los demás:
La ciencia, que degrada* el egoísmo,
La santifica en ti la caridad.

Y hoy vives pobre, enfermo... y envidiado.
Mas bendito serás en tu dolor,
Que el don del desgraciado al desgraciado
Es el más aceptable para Dios.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Enero 23, 1845

AL CHIMBORAZO

¡Oh monte-rey, que la divina frente

Ciñes con yelmo de lumbrosa plata,
Y en cuya mano al viento se dilata
De las tormentas el pendón potente!

¡Gran Chimborazo! tu mirada ardiente
Sobre nosotros hoy revuelve grata,
Hoy que del alma libertad acata
El sacro altar la americana gente.

Mas ¡ay! si acaso en ominoso día
Un trono levantándose se muestra
Bajo las palmas de la patria mía,

¡Volcán tremendo! tu furor demuestra,
Y el suelo vil que holló la tiranía
Hunda en los mares tu invencible diestra.

JUNÍN

Sonó en los cielos de venganza el grito
Y, cual un Dios, en la fatal palestra
Apercibido el héroe se demuestra
A dar fin al reinado del delito.

La lid se traba: de Simón invicto
Ya el rayo brilla en la tremenda diestra:
Muriendo ya bajo sus pies se muestra
El monstruo que maldijo el Infinito.

Del hondo mar a las remotas playas
Llega el eco de triunfo que sonoro
Ensalza de Bolívar el denuedo:

1834

LA NUEVA TORRE DE BABEL

¡Hija del sol! ¡Colombia! ¡patria mía!
¿Cansada inclinas ya la augusta frente?
¡Tú, cuya lanza abrasadora un día
De la española gente
La inmunda sangre con furor bebía!

¡Tú, cuyo nombre alígero volaba
Del viejo mundo hasta el confín remoto!
¡Tú, a cuyo grito aterrador callaba
Y con pavor ignoto
La esclava Iberia súbito temblaba!

¡Y hora, al tardo rumor del mar lejano,
Muda, los ojos entre-abiertos, fijos,
Duerme Colombia! ¡Y del letargo insano
Sus vergonzosos hijos
No la despiertan con piadosa mano!

¡Ah! y en tanto las naves españolas,
Al ver brillar, entre el azul del cielo,
Del cóndor las fulgentes aureolas;
Al ver de su gran vuelo
Pasar las sombras por las tersas olas,

Soberbias claman con feroz sonrisa:
“¡Mirad, mirad el ave, negro timbre
Del vil pendón que nuestra planta pisa,
Como rastrero mimbre,
Que el mundo escupe con escarnio y risal”.

¡Oh! ¡no, Colombia! ¡no lo sufras! ¡Torna,
Torna a empuñar el vengador acero,
Del grave casco tus cabellos orna
Y con el peto fiero
Los gruesos globos de tu seno entorna!

¡Ah! que al ver sólo la fugaz vislumbre
De tu cimera entre la noche alzarse
Sobre tu faz, cual la encendida lumbre
Que el indio ve elevarse
Del Antisana en la ominosa cumbre;

Tan sólo al verla, de furor transido,
Ardiendo en vano en devorante saña,
Entre sus patrios montes escondido
El gran león de España
Lanzará triste su postrer rugido.

Y los pueblos lo oirán que el orbe encierra,
Lo oirán y temblarán. ¡Y tú, gloriosa,
Ese pendón que apedröó la tierra

Con mano poderosa
Del polvo que lo cubre desentierra!

Y entonces... ¡Oh Colombial ¿Ves de tanta
Nieve cubierto aquel inmenso monte
Que el mundo oprime con robusta planta,
Y entre el limpio horizonte
La eterna cima al padre sol levanta?

¿Lo ves... ? Los siglos con temor le miran
«¡El vivirá cuando por fin muramos!
Sobre el fugaces nuestras alas giran;
Con ellas expiramos
¡Y el vive! ¡Y él y su poder no expiran!»

¡Oh, monte-rey! Pues bien: a su alta cumbre
¡Colombia! ¡entonces tu estandarte eleva!
Fíjalo allí, y al ancha muchedumbre
Que el bajo mundo lleva
Muéstralo, y grita: «¡Aquí mi gloria alumbre!»

¡Que ese fanal sí alumbrará! ¡Los suelos
Recorrerá, penetrará en los lares
Que el polo enluta en tenebrosos velos,
Y por los combos mares
La grande luz reflejarán los cielos!

¡Ah! cuando del Señor la fuerte mano
Las puertas abra en que la mar se encierra,
Y el fin decrete del linaje humano,
Y se inunde la tierra,
Y la cubra por siempre el océano;

El monte-rey, inmóvil y sereno,
Aún sacará la venerable frente,
Y sobre él tu pendón, de gloria lleno,
Dominará esplendente
Del vasto mar el solitario seno.

Y, entre la noche eterna y desolada,
¡Colombia! en fuego, en oro, y luz, tu nombre,
Escrito en la bandera desplegada,
Será la voz del hombre
Que sobreviva al mundo vuelto nada.

¡GUERRA AL INGLÉS!

¡Al campo, hijos de Bolívar!
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte.

Hoy el ladrón extranjero
Va a invadir nuestros hogares:
Ya del mar la espalda cubren
Sus huestes innumerables.

Quiere hacernos sus colonos,
Quiere hollar nuestras ciudades,
Incendiar nuestros sembrados,
Profanar nuestros altares;

Matar nuestra lengua hermosa,
Y hundirnos en luto y sangre,
Y gozarse en nuestros llantos,
Y en nuestro oprobio gozarse.

¡Oh! ¡no! ¡jamás! ¡Oh! ¡primero
Pegar fuego a nuestros lares,
Y la casa do nacimos
Hacer volar por los aires!

Primero abrir el sepulcro
Do nuestros abuelos yacen,
Y con ellos en el polvo
Para siempre sepultarse.

Pensar subyugar al pueblo
Que con manos de gigante
Alzó al español un día
Y lo arrojó entre los mares.

Hipócritas suplicantes,
Hipócritas suplicantes,
Y llamar a nuestras puertas
Y pedirnos hospedaje:

Y albergue y pan encontraron,
Y abrazo y sonrisa afable,
Y ropas que los cubriesen,

Y hogar que los calentase:

Y porque pobres nos vieron,
Y ricos ellos y grandes,
Contra sus nobles amigos
Hoy pretenden ensañarse.

¡Al campo, hijos de Bolívar!
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte.

¡Infamia o guerra! nos gritan;
Una de dos; ¡no hay examen!
Pues bien: ¡guerra, guerra a muerte!
¡Y de ellos ninguno escape!

¡Y vengan cuando quisieren,
Y vengan cuantos gustaren,
Y llamen a sus amigos,
Y a Satanás también llamen!

¡Largas lanzas los esperen,
Y hachas y limpios puñales,
Y altas horcas, do de lejos
El mundo a verlos alcance!

¡Y veneno, y hierro, y llama,
Y peste, y calor, y hambre,
Y gente libre y sin miedo
Que jamás huyó de nadie!

¡Huir! ¡los nietos de Sucre!
¡Los que en más de cien combates
De tres colonias formaron
Tres naciones formidables!

¡Huir... del vil extranjero
Más vil que los viles canes
Que, cual signo de sus glorias,
Lleva en pos por nuestras calles!

¡Oh! ¡no lo espere! ¡no espere
Que, convertidos en pajes,
De rodillas nuestros hijos
Los pies jamás le descalcen!

¡Ni que a la cruz que orna humilde
Las tumbas de nuestros padres
Atados pasten sus potros
La yerba que en ellas nace!

¡No; que aún de ser colombianos
Nos acordamos bastante,
Para tirar guerra al rostro
Del pueblo que guerra trae!

¡Y el buen llanero a la cola
Aún de su caballo sabe
Llevarse arrastrando un toro...
Qué mucho que a esos cobardes!

¡Al campo, hijos de Bolívar!
Vamos a buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte.

Enero, 1837

EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,
Hoy a la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

¡Padre sol, oye! por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras: yo te ensalzo solo,
Solo, mas libre.

¡Padre sol, oye! sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; a matarme vengo,
A morir libre.

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso a hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre.

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
Mi tumba libre.

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive
Pondrá sus huevos y armará su nido,
Ignoto y libre.

Enero, 1835

HECTOR

Al sol naciente los lejanos muros
De la divina Troya resplandecen;
Los griegos a los númenes ofrecen
Sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo: ya sobre los duros
Ejes los carros vuelan, desaparecen;
Y al estrépito ronco se estremecen
De la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido Imparte
Aquiles: el Olimpo suena
Con el eco de triunfo conmovido:

Y Héctor, Héctor, la faz de polvo llena,
En brazos de la muerte adormecido,
Yace olvidado en la sangrienta arena.

1834

A OCAÑA

Aquí nací: bajo este hermoso cielo
Por vez primera vi la luz del sol;
Aquí vivieron mis abuelos todos...
¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós!

¡Ocaña! ¡Ocaña! ¡dulce, hermoso clima!
¡Tierra encantada de placer, de amor!
Ufano estoy de que mi patria seas...
¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós!

Mi padre aquí de boca de mi madre
El dulce sí por vez primera oyó.
Aquí de amor el a sus pies lloraba...
¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós, Ocaña! ¡Adiós!

Y yo también aquí pensé... ¡silencio!
Olvidemos tan plácida ilusión;
Y aunque mi pecho deba desgarrarse,
¡Adiós, Ocaña; para siempre adiós!

Octubre, 1841

EN ALTA MAR

¡Céfiro! ¡rápido lánzate! ¡Rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon: del proscrito a los lados
Haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren,
Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco.

¡Mar eterno! por fin te miro, te oigo, te tengo,
Antes de verte hoy, te había ya adivinado.
Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves
¡Cerco fatal! maravilla en que centro siempre yo hago.

¡Ah! que esta gran maravilla conmigo forma armonía.
Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,
Lejos voy a morir del caro techo paterno,
Lejos, ¡ay! de aquellas prendas que amé, que me amaron.

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;
Quien de su amor arrancado y de patria y de hogar y de hermanos
Solo en el mundo se mira, debe, primero que muera,
Darte su adiós, y, por última vez, contemplarte, oceano.

Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,
Alzo los ojos, miro, sólo tú y el espacio.
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,
Tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:
Pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo y tan vasto,
Eres, con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,
Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano.

Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia,
Poco a poco me voy durmiendo, en mi patria pensando,
Sueño correr en el campo do niño corrí tantas veces,
Ver a mi madre que llora a su hijo; lanzarme a sus brazos...

Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante
Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio;
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela
Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo.

¡Oh! ¡Morir en el mar! ¡morir terrible y solemne,
Digno del hombre! Por tumba el abismo, el cielo por palio.
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!
Que echa encima el mar sus olas y el tiempo sus años.

1838

EL HACHA DEL PROSCRITO

¡Dieu! qu'un exilé doit souffrir!
--Beranger.

Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare.
En los bosques para siempre
Voy contigo a sepultarme,
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres,
Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares.
Vamos, pues, que ya estoy listo...
¡Oh! salgamos de estas calles,
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez

Ven, sígueme en los días
De mi vejez.

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en ti y apoyo
Hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol
Por el cual descalzo pase.
Si del norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
Tú prepararás mi carne,
La caverna a que me acoja.
Y hasta el lecho en que descanse.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Ayúdame en los días
De mi vejez.

A mi alcance y a mi diestra
Muda, inmóvil, formidable,
Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren;
En mi mano apercebida
Te alzarás para el combate;
Y del triunfo o la derrota
Siempre llevarás tu parte.
¡Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares
Débil yo, cansado, y triste;
Roja tú con fresca sangre.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Defiéndeme en los días
De mi vejez.

De camino veré a veces

Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellarte.
O, del mar a la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré al sol y al viento
De la patria los romances;
Y a la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes. ¡
Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Consuélame en los días
De mi vejez.

Sí, consuelo del proscrito,
¡Oh! ¡jamás aquí le faltes!
¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
Si es posible, veces hazle!
Patria, amigos, madre, hermanos,
Hijos, ¡ay! mi dulce amante;
Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sola a recordarme.
Nunca, nunca, pues, me dejes,
Sígueme a las soledades.
No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves
Por el mango hundido en tierra,
Tu hoja se alzaré en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
Sepúltame en los días
De mi vejez.

1838

Corregida en New York, marzo 23, 1850

CONTRASTE

Tus ojos a mis ojos no responden,
Cuando a tu lado lloro tú no lloras;
¡Ah! ¡las borrascas hórridas ignoras
Que en mi profundo corazón se esconden!

¡Sordas en él revuélvense y sombrías
Voces de amor, imágenes de muerte,
Lágrimas de dolor abrasadoras,
Risas y estrepitosas alegrías!

¡Y en tanto, al par de mis funestos días
Rápidas huyen, tus brillantes horas!
¡Y tú que me enajenas y enamoras
Miras en paz mis crudas agonías!

1838

LOS JUEGOS DE NIÑOS

Cuando, de noche, amada mía,
En derredor de aquel hogar
Que, al son del materno cantar,
Tu cuna vio mecer un día;

Tu madre, hermanos, y otro, y yo,
Y tú en cerco nos sentamos,
Y a los juegos-niños jugamos
Que nuestra infancia tanto amó;

Y que aún amo en la edad que llevo,
Y que olvidar jamás podré,
Y que en mi vejez lloraré
Ansiando jugarlos de nuevo;

Entonce, al verte, al verte a ti,
Con la sonrisa del contento
A todos dando movimiento,
Tal vez fugaz mirarme a mi...

Y entonce, al pensar que es sin ira,
Sin odio, sí, mas sin amor

Que con tan dulce resplandor
Tu ojo fugaz así me mira;

Y tan distintas luego al ver
Esas miradas, en tu amante
Que allí risueño está y triunfante
Largas y extáticas caer;

Entonces más me persuado
Que de ti amado no soy;
Y que después, así cual hoy,
Nunca de ti ya seré amado;

Y entonces en la soledad
Pienso en que ya por siempre vivo,
Y un dardo siento herirme vivo
Extraño en mi joven edad;

Y entonces mis ojos de llanto
Siento llenarse, y mi alma ve
A aquel amigo que se fue,
Y que me amaba en vida tanto.

Y entonces, mi íntima aflicción
Disimular ya no pudiendo,
Doy buenas noches, y gimiendo
Late, al salir, mi corazón.

Y no teniendo ni un amigo
Con quien me pueda desahogar,
Me voy a mi casa a llorar,
Encerrado solo conmigo.

Y a mi rival con tu reír
Sigues alegrando en tu casa,
Sin que el dolor que en mí se pasa
Hayas podido presumir.

Octubre, 1838

ADIÓS

¡Oh! mil veces, pensando en este instante
De precisa y final separación,
En lágrimas bañóse mi semblante
Y asustado tembló mi corazón.

Hoy llega al fin, al fin nos separamos
Del mundo abierto que me llama a sí
Bajo la puerta juntos aún estamos;
Por vez postrera te contemplo a ti.

Nunca a vernos ni a hablarnos volveremos?
¡Otra vez! ¡un instante y nada más!
¡Ahl en el seno de Dios nos uniremos,
¡Y para siempre! Mas aquí, ¡jamás!

¡Dulces horas pasadas a tu lado
En que tu ser mi alma fecundó,
En que fui comprendido, adivinado,
Amado casi... todo se acabó!

¿Quién me podrá volver lo que en ti pierdo?
¿En mí tu falta quién suplir podrá?
¿Cuando ni se si tu fatal recuerdo
De hoy más mi alivio o torcedor será!

¡Ah! sólo sé que el bien por que yo clamo
Bajo mi mano nunca yo tendré;
Que no amé nunca como a ti te amo,
Y que nunca sufrí cual sufriré.

2

Diez arios ha -cuando mi solo amigo
Dejó sobre la tierra de existir,
La esperanza llevándose consigo,
Dejándome la nada en porvenir-,

Yo pequeñuelo entonces aún me hallaba,
Sin cicatrices nuevo el corazón,
Y entre mi alma apenas clareaba
La odiosa luz de mi fatal razón;

Y aquel precioso amigo que perdía,
Su virtud, su talento, su bondad,
Ni en todo su valor yo conocía;

Ni la inmensa extensión de mi orfandad.

Y mi dolor, empero, fue locura
Que en su grandeza a mí me sorprendió.
Aún hoy del golpe la impresión me dura,
E irá conmigo mientras viva yo.

¡Y hora que no soy niño y que soy hombre,
Hora que se lo que es el mal y el bien,
Cuando de amor entiendo el dulce nombre,
Es fuerza darte adiós a ti también.

A ti que amo, a ti que se quién eres,
Que entera te has comunicado a mí,
Excepción entre todas las mujeres...
¡A ti, Delina, adiós también a ti!

3

¡Adiós a ti! Cuando esta negra idea
Esté cumplida en su indecible horror;
Cuando en el cielo oscurecerse vea
El luminar de mi postrer amor,

Y en su lugar escrito quede: ¡Nunca!
Y me envuelva la noche y soledad;
Y sienta mi alma su existencia trunca
Sin ti, Delina, su mejor mitad...

¿Cuál será de esta vida el solo día
Que ya pueda alegrar mi corazón,
Si no aquel en que cese mi agonía,
Y a Dios devuelva su funesto don?

Y cuando tú, quizás en otros brazos,
Sin dolor, sin pesar, sin inquietud,
Amante, amada, envuelta en roscos lazos
Y en pleno sol y en plena juventud;

Oigas de muerte un caso desdichado,
Y una campana fúnebre gemir,
Y oigas un nombre, el nombre ya olvidado
Que dabas al que acabe de morir!

¡Oh! dame entonces un recuerdo amigo:

El que se otorga a todo el que no es más,
El que se otorga a extraño y a enemigo,
Y que negara sólo Satanás.

Los años volarán sobre mi huesa,
Y en ella por centurias dormiré;
Y al fin se cumplirá la gran promesa,
Y ante mi juez con los demás vendré.

Mas yo la humana inmensa muchedumbre
Cortando aprisa, sólo iré a buscar
La faz mejor, los ojos de más lumbre,
El ser más bello y más capaz de amar.

Y, cuando ya la hubiere al fin hallado,
Juntos saldremos hacia el juez los dos;
Y ante el concurso mudo y asombrado
Así diré resueltamente a Dios:

«Esta mujer a mí me pertenece,
Es la mujer que amó mi juventud.
Ya estoy juzgado: todo lo merece
Quien tanto amó; mi amor es mi virtud.

No pido mas: mi cielo sólo es ella.
El que se atreva, véngala a pedir.
Delina es ésta. ¡Sí! la sola estrella
Que alumbrará mi eterno porvenir».

Así diré; y oirás lo que has oído
Ante los hombres, y ángeles y Dios.
Ahora mi amor, si puedes, da al olvido:
Guárdame el tuyo para entonces. ¡Adiós!

1840

MI AMOR

Cual de noche lejano
Del canto marinero
Suena el eco postrero
Entre el vasto oceano;

O cual en templo umbroso

Del fondo de la tierra
Sale el grito medroso
Del vivo que ella encierra,

O en ocaso estampadas
Deja el sol sus pisadas,
Tal vive en mi dolor
Mi ya pasado amor.

Como, tras las montañas
Hundiéndose, la luna
Se pinta en la laguna
Que cercan tristes cañas;

Como el dormido infante
En rápido embeleso
Aún de la madre amante
Recuerda el primer beso;

Como la voz del mundo
Que entorna al moribundo;
Tal con vivo fulgor
Brilló fugaz mi amor.

¡Ah! cual muerta la vieja
Águila, de su vuelo
Las plumas con que el cielo.
Cruzó tan sólo deja;

Como en edad ya tarda
América, en su olvido,
Grandes vestigios guarda
De un pueblo no sabido:

Tal las gentes remotas
Verán las cuerdas rotas
Del arpa en que cantor
Lloré mi ingrato amor.

1836

MI JUVENTUD

Infancia, infancia, que mi pecho un tiempo

Alimentabas con tu fresca brisa,
¿Por qué no tornas más? ¿Por qué a mis ojos
Se oscureció de la esperanza el día?
¡Ah! semejante a las virgíneas nieblas
Que de los montes el azul cobijan
En la mañana cándida, tu velo
Fragante de ámbar sobre mí tendías.
Y hora entre sombras a mi vaga mente
Tu sueño aéreo rápido se pinta;
Lánzome a él; y el ala de los tiempos
¡Más, más lo esconde a mi anhelante vista!

Y, ciego, insano, con mortal angustia,
En balde me sacudo; de mi vida
El sol funéreo a su cenit ya llega,
Su ojo de sangre ya encendido brilla.
¿Lo veis? ¿Lo veis? De lo alto de los cielos
Con ígneo nudo la garganta mía
Ciñe y abrasa; y con furor vibrando
Su lanza de oro sobre mí la hinca.

¡Oh! ¡basta ya! ¡No más...! Mi flaca mano
A las hinchadas fauces negrecidas
Llevo, y la aparto ardiendo; en vez de sangre
Fuego corre en mis venas, y pompillas
Brotan la lengua mil. ¿Dó está la copa,
La usada copa que, por la alta orilla
La leche derramando a borbotones,
Mis secos labios refrescar solía?
¿Dónde el marmóreo baño, de palmeras
Oscuras entoldado, al que yo iba
A hacer bullir de murmurante lluvia
Hasta mis pies las perfumadas linfas?
¿Dó al agrio caldo que al mantel de nieve
Manaba allí de la entreabierta piña?
No valerme podrán? Ah! con mi infancia
Risa, cantaros, juguetonas triscas,
Todo abismóse; no podrán valerme,
No aplacarán las furias que me agitan!

¡Nadie jamás ya lo podrá....! Mi padre,
Mi padre solo mi dolor oiría....
El, solo él....como en mejores años
Cuando acallaba las angustias mías,
Y, ciego, y pobre, y desvalido, y triste,
Mi amargo llanto consolar sabía.

El...mi padre...también....ya para siempre
También huyó con mi niñez tranquila;
Y, en su lugar, desconocidos sueños
Mi ardiente edad, mi juventud enfrían.

Hoy... sólo yo lo sé....cual si durmiera
Del tigre en la caverna, todavía
Con sangre salpicada, yo en las horas
Calladas de la noche, con no vista
Congoja y repentino sobresalto,
Despiértome temblando: adoloridas
Mis cansadas espaldas erizarse
Sienten el lecho, con horror, de espigas:
Entre el silencio de las densas sombras,
De alguno que callado se aproxima
Oigo los sordos pasos; y apartando
De mi pecho las ropas que lo abrigan,
De una mano fatal que no conozco
Los fríos huesos sobre mí se estiran.
Yo tiemblo y callo... El corazón me hielan
Sus dedos de esqueleto mis mejillas
Baña sudor mortal... ¡todo encogido
No oso mover mis palpitantes fibras...!

¡Y esta es mi juventud! ¡La edad es esta
¡Que yo cantando a recibir salía!
¡Estos los brazos son de tierna esposa!
¡Estos sus besos de placer y vida!
¡Buen Dios, Dios de piedad! ¿cuál fue mi crimen
Para que así con tu furor me oprimas?

¿Cuál, cuál ha sido? Y, si tus santas leyes
Acaso hollé; si tu tremenda ira
Provoqué insano, ¿ya expiación bastante
No ofrece el curso de mis negros días?
¿Qué mas demandas? Triste, abandonado,
Llorando a solas sobre mi honda herida,
¿Harto no padecí, sin ver siquiera,
Para enjugar mis lágrimas, la orilla
De un manto alzar, sin que una voz oyese
¿Que se doliera de la suerte mía?

¡Duélete tú....! ¡Perdón, de ti lo espero!
¡Perdón...! Mas ¡ay! que de mi yerma vida
Inmóvil brilla en el confín profundo
Lívida mancha; el huracán ya silba

Con sordo zumbo; de rojiza arena
Rodar se ven dispersas nubecillas....

Ya van creciendo, ya... su ardiente soplo
Hiere y enturbia mi espantada vista.
¡Llegó mi hora! Ya bambaleando
Bajo mis pies, que al gran vaivén vacilan,
El desierto en furiosos remolinos
Todo entero revuélvese y se agita....
¡Qué hacer...! Yo huyo... ¡Cielos! A mi espalda,
¿Qué miro alzarse....? ¡Pálida, sombría,
Gigantesca fantasma, de su seno
Detrás de mí la eternidad vomita!

¡Ay! ¡que sin ojos...! ¡Harto te conozco,
Padre, tremenda sombra! Mis desdichas
Vienes a terminar... Si, ya lo entiendo:
Yo de tu boca con la boca mía
Recogí el ¡ay! postrero; yo tus ojos

Moribundos cerré; yo tu ceniza
En la tumba escondí: la sacra deuda
Hoy a pagarme vienes... ¡Ay! ¿Suspiras...?
No me ves? no me ves? Triste! ya es justo
Que en tus paternos brazos me recibas:
Ábrelos, ¡ay! esa será mi tumba,
¡La tumba, sí, que al cielo yo pedía!

DESPUÉS DE VEINTE AÑOS

I

Salud, ¡oh, sombra de mi viejo amigo!
Tras largos días de lejana ausencia,
Vuelve a buscarte aquel tu pobre hijo
Que amaste tanto y que te amó de veras.

Sí; yo a buscarte vuelvo, padre mío,
A orar a Dios por ti sobre tu huesa,
Y a bendecirte porque me has cumplido
La postrera y mejor de tus promesas.

La noche tras la cual más no te he visto,
Tarde... lloviendo... la ciudad desierta...

Ya a morir ibas... solo yo contigo,
De tu lecho lloraba a la testera;

Y meditaba entonces, aunque niño,
Que en dos iba a partirse mi existencia:
¡Atrae la luz, mi infancia y un amigo!
¡Delante, el mundo, solo y en tinieblas!

Y, vuelto a ti de espaldas, distraído,
Pronto olvidé que alguno allí me oyera,
Y ronco sollocé con grandes gritos,
Y a mi inmensa aflicción di larga suelta.

Súbito al lado escucho un leve ruido,
A verte voy con una horrible idea:
Ya! Mas sentado y fúlgido te miro,
Con los ojos en mí, cual si me vieras;

Y dulce, y triste, y serio a un tiempo mismo:
“José no llores más. Aunque yo muera,
Morir no es perecer. Tu padre he sido;
imposible que siempre no lo sea!”

Y vi tus brazos hacia mí tendidos..
Y al punto obedecí la muda seña;
Y desahogué mi seno comprimido,
En tu seno escondida mi cabeza.

Ay! largo espacio así permanecemos:
Tus brazos me estrechaban ya sin fuerza...
¡Y me encontré con tu cadáver tibio,
Que al otro día me ocultó la tierra!

II.

De entonces acá, veinte años se han corrido:
Nadie en el mundo ya de ti se acuerda...
Uno no más, presente siempre y vivo
En su memoria y corazón te lleva.

Y empero ¡en cuánto aturdidor bullicio
Mi vida ha estado desde entonces envuelta!
Fusil al hombro, y sable y daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas:

Y negros bosques, y anchurosos ríos,
Y verdes campos y azuladas sierras,
He visto, y luego el mar inmenso he visto,
Y vi su soledad y su grandeza:

Y en lid campal, entre humo, y polvo, y ruido,
Y entre hombres, y caballos, y banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto a mi derecha y a mi izquierda:

Y luego a pueblos fui grandes y ricos,
Y vi sus monumentos y sus fiestas,
Bailé sus danzas y bebí sus vinos,
Y en el seno dormí de sus bellezas:

Y en calabozos fétidos y fríos
He dormido también entre cadenas;
Y desnudo, y hambriento, y fugitivo,
He vagado también de selva en selva:

¡Y en medio de placeres y peligros,
De fatigas, de glorias, de miserias,
Tu voz, tu imagen siempre fue conmigo
En íntima y tenaz reminiscencia!

Y un pensamiento extraño me ha venido,
Que ni sé si me aflige o me consuela:
Y es que vives aún, ¡oh, padre mío!
Y andas con otro nombre por la tierra;

Que estás resucitado y trasfundido;
Que en otro ser te mueves, hablas, piensas;
¡Que ese soy yo! ¡Que somos uno mismo!
¡Que tu existencia ha entrado en mi existencial

EL POBRE

El pobre! al pobre menosprecia el mundo:
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad o ceño furibundo,
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,

La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

¡Oh, verdes bosques, círculo del polo!
Montes, desiertos donde el rico va!
¡Mar insondable, eterno, inmenso y solo!
¡El pobre no os verá!

¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro,
Y no enternece un solo corazón;
Que las lágrimas solo en copa de oro
Merecen compasión.

¡Vedlo! su pie la tierra triste pisa;
Todo en él nos revela el padecer:
Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,
Y vida sin placer!

Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale mas que el mundo y mundos dos;
Inmenso bien que el oro vil no alcanza
¡El pobre tiene a Dios!

CENIZA Y LLAMA

I

En mí, Señora, en otro tiempo había
Fuente vivaz de noble poesía;
Era en la edad, edad que huyó ligera,
En que ama el hombre, y canta porque espera;
Cuando esa linda Fada, la Mentira,
Perfuma con sus flores nuestra lira,
Y puebla el alma, ansiosa de sus dones,
De gloria, amor, poder con las visiones.
Entonces....hoy no veis mas que una ruina
Que a su completa destrucción camina;
Entonces en mi espíritu fecundo
Hablaban un ángel, se encerraba un mundo.

Mi helada sangre, que hoy circula apenas,
Corría abrasadora por mis venas;
Mi vida se ensanchaba inmensa, pura;
Ante la blanda faz de la hermosura

Mi ronca voz, de altiva, se amansaba,
Y entre mi pecho el corazón temblaba,
Y en generosos cantos se expandía,
Cual trina el ave al asomar el día.

Oh dulce edad! oh dulce amor primero,
De un vago sueño incomprensible agüero.
Hoy, ya despierto, viejo sin ser cano,
Joven el rostro, el corazón anciano,
De lo que fui, de mi perdida gloria
Conservo solo el ceo en mi memoria!

II

Y joven sois, y amante sois, señora,
Y hay otro ser que en vos rendido adora,
Que vive en vos, por vos, en cuya mente
Vos habitáis tiránica y presente.
Vos sois su lumbré, vos hacéis su día;
Vienen de vos su pena y su alegría.

Vos sois como su madre, él es un niño
Que vos podéis, con ceño o con cariño,
Fácil llevar aquí y allí: ¿se irrita?
Pasa un instante, y él se precipita
De nuevo a vuestros pies, de amor gimiendo,
¡Y haber bajado en vuestro amor temiendo!

¡Eso es amor! alegre en su delirio,
El a la muerte fuera y al martirio,
Por evitaros un pesar. ¡Cantando
Viera venir sobre él el golpe infando!

¡Eso es amor! de amor el fanatismo,
¡Que lleva al hombre al cielo o al abismo!
¡Eso es amor! y ves amáis! ¡oh, nunca
Dejéis su vida y vuestra vida trunca,
Ceniza haciendo la divina llama
Que hoy a los dos vivificante inflama!

¡Alma del alma, vida de la vida,
Esa potente llama, dirigida
A lo bueno, a lo grande y a lo bello
Del Dios de la virtud es un destello!

¡BUENAS NOCHES, PATRIA MÍA!

Lejos, ¡ay! del sacro techo
Que mecer mi cuna vio,
Yo, infeliz proscrito, arrastro
Mi miseria y mi dolor.
Reclinado en la alta popa
Del bajel que huye veloz,
Nuestros montes irse miro
Alumbrados por el sol;
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aun no puedo odiarte, adiós!

A tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aflicción;
Mas colérica, tu mano
De mis manos lo arrancó:
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Mas allá del mar tu mano
De gigante me lanzó.
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aun no puedo odiarte, odios!

De hoy ya mas, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor:
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón,
¡Ay! ¡En balde! ¿En tierra extraña
Quién conocerá mi voz?
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aun no puedo odiarte, adiós!

¡Ah! ¡De ti sólo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde le excavaba
Al postrer rayo del sol.
“¡Ve a pedirla al extranjero!”
Fue tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras
Tu planta la destruyó.

¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aun no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor,
¡Y el perfume de la Patria
Siento al besar su botón!
El mi huesa con su sombra
Cubrirá; y entonces yo
Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor!
¡Adiós, adiós, Patria mía!
¡Aun no puedo odiarte, adiós!

EL VALSE

¡Oh! graciosa, mas graciosa
Que los sones del bolero,
Más airosa que las palmas
Remecidas por el viento;
Más serena, y linda y pura
Que el azul del ancho cielo,
Cuando espléndido se pinta
En los lagos del desierto:
De placer su vista sola
Retemblar hace mi pecho,
Y perdido y ebrio caigo
Al perfume de su aliento.

¡Sí, la quiero! ¡Sí, la adoro!
Con furor la adoro y quiero:
La idolatro cual si en ella
Dios mi suerte hubiese puesto;
Más la adoro que el mendigo
Al metal del avariento;
Más la adoro que a la Patria
El proscrito en su destierro;
Más que adoro al frigio gorro
El esclavo entre sus hierros;
!Más que el réprobo la gloria
Desde el fondo de su infierno!

¡Ay de mí! la dulce madre

Que meció mi cuna un tiempo,
Y enjugó mi primer lloro,
Y aceptó mi primer beso....
El ciprés que noche y día
Melancólico y siniestro
Cubre el túmulo que guarda
De mi buen padre los huesos;
¡Oh! ¡Ya menos hoy los amo
Que ese vívido reflejo
Que relumbra al son del valse
En sus grandes ojos negros!

Que con ella yo he bailado,
Y he sentido unos momentos
Junto a mí su dulce rostro,
Junto a mí su dulce seno:
Y en mi alma brilló entonces
Cual fugaz, lejano incendio
Yo no sé qué vaga imagen,
¡No sé qué falaz deseo!

Yo conmigo la veía
Sentada a mi lado diestro,
Bajo el techo de mis padres,
Su asiento unido a mi asiento....
Y sus manos infantiles
Enrizaban mi cabello,
Y entre espesa lluvia, afuera
Con furor zumbaba el viento....
Y su voz trinó en mi oído,
Como el canto del jilguero,
¡Y un extraño escalofrío
Trascurrióme por el cuerpo!

¡Ay! el valse se acababa,
Y sonó el compás postrero,
Y la vi tal como es ella:
¡Dulce, amable y sin afecto!
¡Oh, momentos deliciosos!
¿Por qué volasteis tan presto?
¿Por qué de mi fantasía
Dios no realiza los sueños?

DECLARACIÓN

Quieres te diga su nombre,
Quieres te cuente mi amor,
Te declare quién es ella
Y te abra mi corazón.
Y ¡ay! ¡mi corazón herido,
Que ama hoy cual nunca amó,
A tu vista al ir a abrirse
Sangre llora de dolor!
¡Que al decirte quién es ésa,
Esa que amo tanto yo,
Con duro enojo, con burlona risa
Acaso escuches mi doliente voz!

Cuando ya al cerrar la noche
En ocaso el sol se apaga,
Y la luna, en frente opuesta,
Alza su disco de plata;
Al balcón ella aparece
Que en lo alto de su casa
De nuestra ciudad nativa
Domina la gran sabana;
Yo de lejos la contemplo;
Mas ya con sus negras alas
La va envolviendo el ángel de la noche,
Que asoma oscuro en la oriental montaña.

¡Oh! como a ti la conoces;
Ella es tu mejor amiga;
Nacisteis al mismo tiempo
Y os meció la cuna misma;
Juntas luego disteis vela
En la barca de la vida;
Y ¡ay! ¡la misma sepultura
Guardará vuestras cenizas!
Del bautismo el agua santa
Os bañó en la misma pila,
Y en vuestras frentes para siempre impreso
Dejó tu nombre celestial: *¡Delina!*

¡Ese es, pues, el dulce nombre!
¡Dulce, sí más que el perfume
Que se exhala de las rosas
Cuando el aura las sacude!
¡Dulce más que son del agua
Que entre limpias guijas bulle!

¡Dulce más que el primer rayo
Que en oriente al mundo luce!
¡Oh! ¡tu nombre me enloquece
Y me turba y me confunde!
¡Oh! ¡plegue a Dios que en mi postrer momento
No muera yo sin que otra vez lo escuche!

¡Oh! ¡plegue a Dios que derrames
Una lágrima en la huesa
Del amigo infortunado
¡Que tan bien te amó en la tierra!
Otra vez de amor entonces
Mi alma acaso se estremezca,
E invisible a consolarte
Desde el cielo a ti descienda:
Quizá entonces en torno tuyo
Gemir mi espíritu sientas,
Y entre las hojas del ciprés medroso,
Triste agitarse como blanca niebla.
Agosto, 1838

TUS OJOS Y TU AMOR

¡María! ¡oh María!
¡Para el corazón
Que sangre vertía,
Del cielo ambrosía,
De Dios bendición.

Tú fuiste a mi alma
Cual fresco raudal,
Que al pie de gran palma
La sed nuestra calma
En yermo arenal.

Y aún más, aún más fuiste,
¡Oh dulce mujer!
¡Ah! ¿nunca me viste
En mis manos, triste,
Mi faz esconder?
¡Ay! ¡llanto eso era!
¡Inmenso dolor!
¡Dolor que a cualquiera,
Sabiéndolo, diera

Piedad y estupor!

¡Dolor sin consuelo!
¡Dolor de orfandad!
¡Dolor con que el cielo
Colmó mi desvelo
Y mi soledad!

¡Y empero, María,
Tu ojo negro, sí;
Tu ojo negro un día
Calmó mi agonía
Al volverse a mí!

Si sólo el encanto
Que hay en su fulgor
En mí pudo tanto,
¡Oh! ¡piensa en mí cuánto
Pudiera tu amor!

Septiembre, 1838.

MEMORIAS

Dulces memorias,
Cual inefables glorias,
Hoy recibí que me has dejado:
¡Y hoy vuelvo humilde apenas un *quizá!*

Viejas historias,
Que son a ti notorias,
Esto en refrán han consagrado
¡Quien recordó quizá después querrá!

¡Oh! ya lo veo,
¡Oh! ya en tus ojos leo
Que a replicarme vas ceñuda:
¡Quien recordó tal vez odiando está!

¡Ah! si el deseo
También orgullo feo
No te párete, cual la duda,
Deja que al menos vuelva un *ojalá.*

Septiembre, 1838

¡TODO MI CORAZÓN!

¡Estos los versos son, los dulces versos
Escritos de su letra y de su mano;
Los versos, sí, que a cada instante aplico
Ciego de amor a mis ardientes labios!

¡Oh! ella sabe gemir, y ella amar sabe:
Gemir y amar con el laúd sagrado
Con que, al eco del Léucade siniestro,
Cantó su amor la hermosa y triste Safo.

¡Oh! tú sabes gemir y amar tú sabes.
¡Oh! tú cantas amor y amor yo canto.
Mas ¡ay! nunca tu amor y el amor mío
Un rayo harán su doble opuesto rayo.

Nunca, a tu lado, con el son del remo
Nuestro mutuo cantar acompasando,
Tu voz oiré sobre la pobre barca
Do bajo el río de mis turbios años.

¡Oh! cuando junto a ti, mudo y sombrío,
De amor me ves y de dolor llorando,
¿Por qué cual lloro yo también no lloras,
Y no me amas como yo te amo?

Cual muelle son de música lejana,
Es el son de tu voz, dulce Delina ;
Y tu mirar, como el del sol que muere,
Mi enamorado corazón alivia.

Cuando mi mano estrechas con tu mano,
Cuando mis ojos con tus ojos miras,
Y de mi alma al más profundo seno
Siento llegar tu penetrante vista;

Un ángel pienso ver de negros ojos
Que con sus alas manso me acaricia,
Y que fugaz a revelarme baja
El fin oculto a donde va mi vida.

Y si tu voz, sonando en mis oídos,
Mi ser ensancha y de placer lo agita,
Pienso escuchar la voz que entre los cielos
Modula al son de las eternas liras.

¡Ah! cuando llegue ya mi postrer hora,
Y sudor tibio bañe mis mejillas
Y, ángel de amor, por tu divino nombre,
Congojoso te llame en mi agonía;

Sobre mi frente moribunda entonces
Una lágrima vierte compasiva;
Vuelve a cubrirme con tus blancas alas,
Y hermosa alumbra de mi muerte el día.

¡Oh! ¡si me amaras tú! Yo, si me amaras,
Mi corazón te abandonara todo;
Mi corazón maravilloso, inmenso,
Sin límite en su amor, sin fin, sin fondo.

¡Ay! (le mi amor las comprimidas llamas
Vieras salir en manantial furioso,
Ceban en ti sus insaciables fuegos,
Y al cielo alzarse en grande lengua de oro.

¡Oh! ¡si me amaras tú! Tú sí podrías
Mi alma alegrar y serenar mis ojos,
Y con tu amor suplir en mi existencia
Al tierno padre que incesante lloro.

Unidos y cantando, de la vida
Surcáramos el tasar, del tiempo al soplo;
Y, unidos y cantando, Dios nos viera
Salir del mundo y dar el vuelo al otro.

¡Oh! ¿nunca me amarás? ¿Querrás dejarme,
Siempre gemir adolorido y solo?
¿Querrás dejarme triste entre los hombres
Siempre vagar con abatido rostro?

¿Y al amigo infeliz que te amó tanto,
Que te amó con amor tan prodigioso,
Lo dejarás que lllore sin consuelo
De su orfandad el hórrido abandono?

¡Ay! yo huérfano soy: mi noble padre

Huyó por siempre de la faz del mundo;
Que, de la mano asido con la muerte,
Bajar lo vi las gradas del sepulcro.

Yo llorando le di mi último abrazo,
Y el su postrera bendición me impuso,
Y el tiempo huyó dejando entre hoy y entonces
Inmenso espacio que hacia atrás descubro.

Y hoy, todavía mi tenaz memoria
Me pinta al vivo aquel semblante agosto.
Y hoy, todavía, cuando así lo miro,
Mi triste faz de lágrimas inundo.

¡Oh padre mío! cuando en honda noche
Del Monserrate a la alta cumbre subo;
Y allí, de pie, me miro en torno envuelto
Del vacuo mar del horizonte oscuro;

Y rodar oigo en el confín remoto
La sorda voz del huracán nocturno;
Y a mi lado, siniestro y repentino,
Con su agrio grito me sorprende el búho;

¡Yo entonces pienso en ti! ¡yo entonces pienso
Que por mí vienes impalpable y mudo,
Para conmigo hundirte en el abismo
Del Ente Primo, Inmenso, Solo y Uno!

Septiembre, 1838

LA GLORIA Y LA POESÍA

¡Oh! no deseches, mujer, al hombre que Dios te destina!
El grande amor que el corazón enciende,
Ese grande amor que a ti misterioso me inclina
Dios en el fondo de mi ser lo prende!
Tú su poder terrible no sabes a cuánto se extiende,
Y tu desdén indócil no adivina
Que fu destino, que de mí depende,
Hacia su fin en mi amor para siempre encerrado camina.

¿No has pensado jamás de la muerte en la rápida espada
Que -hombre, por hombre, al fin a todos hiera?

¿No has pensado jamás en aquella existencia que muere
Del que quedó tan fácil olvidada?
¿No has pensado jamás que de nuestra existencia ignorada
Ni una noción la especie humana adquiere,
Y que doquier que nuestra planta fuere
Siempre envuelta va de olvido, de noche, y de nada?

¡Ah! ¡qué le importa al corcel, del pesebre el círculo inmundo,
Si más allá de su hórrido recinto,
Abrense campos y campos sin fin, y el cielo profundo
Se aleja azul en un inmenso cinto!
¡Qué me importa a mí, de nadie en mi vida distinto,
La sociedad do oscuro me confundo,
Si en ella siento hablarme el sordo instinto
De otra gran sociedad que puebla los siglos y el mundo!

Esto pensaba yo paseándome solo una tarde.
Su disco el sol en occidente hundía;
Yo me detuve a ver cómo poco a poco moría
Esa alta llama que en los cielos arde.
¡Fuese! y díjeme: Huyó sin que nada lo impida o retarde,
Cual otros mil, incógnito este día;
Y huirá lo mismo la existencia mía,
Cual mil más, sin que de ella en la tierra un rastro se guarde.

Y esta triste imagen turbome y quitome la calma.
Pensé en mi padre... ¡todos lo olvidaron!
Sólo algunos hombres, trayendo del canto la palma,
Salvos de olvido el tiempo atravesaron.
¿No podré yo, pues, cantar cual ellos cantaron?
Mas recordé que inmóvil, muda, calma,
Aunque mis ansias más la provocaron,
Siempre a dar melodías hallé resistida mi alma.

¡POBRE AMOR TAN BELLO!

Cual la golondrina huérfana y viuda
Una vez su nido puso junto al mar,
Y pasar la vieron fugitiva y muda
Playas, ondas, cielo para no tornar;

Tal de amor la llama que encerró mi pecho,
Cuando ya me dijo para siempre adiós,
Y hora que yo mismo busco qué se ha hecho,

Sólo la supimos, yo, la ingrata y Dios.

¡Pobre amor tan bello! Fuese, y tan profundo,
Tan fatal vacío me dejó tras sí,
Que ni mi alma tiene, ni me ofrece el mundo
Bien que en adelante ya lo supla en mí.

¡Pobre amor tan bello! Desde aquí mi alma
Vaga en lo pasado, mira lo que fue;
Tal el peregrino la alta, verde palma
En el horizonte del desierto ve.

¡Ay! el vano sueño de ese amor que existe
Es del negro olvido cierto precursor:
Que después que baje yo a mi tumba triste
Ni en la ingrata misma vivirá mi amor.

DESALIENTO

Acabaron mis sueños de gloria,
Acabaron mis sueños de amor;
Resta sólo su triste memoria,
Y mi mente perdió su esplendor.

Al salir de mi tímida infancia
A encontrar mi primer juventud,
¡Cuál corría con tierna ignorancia
A embriagarme de amor y virtud!

¡Y ese amor que buscaba es mentira!
¡La virtud una amarga irrisión!
¡Los suspiros que daba mi lira
No movieron ningún corazón!

Dulces sueños de amor y de gloria,
Si es posible olvidar cuanto fue,
¡Ah! ¡cerrad de mi vida la historia
Cual se abrió, con virtud y con fe.

EL MAYOR PESAR

¡Oh! ¡quién versos escribiera!

¡Oh! ¡quién otra vez pudiera
Arrojar el alma entera
Hecha llama en el papel!

Mas aquel que en otros días
Risas, lloros, y alegrías,
Y hórridas melancolías
Pintó con vivo pincel;

Y en líneas de luz y fuego
Vació, frenético y ciego,
De amor su desasosiego,
De su amor de juventud,

Hoy cansado, envejecido,
Su corazón desabrido,
Ni alcanza a dar un latido,
Que ha perdido su virtud.

¡Sí! ¡Mi corazón no ama!
Por ningún objeto clama,
Sólo siente que lo inflama
Su necesidad de amor.

Y una vida que fastidia
Lleva, floja y con desidia,
Sin afecto y sin envidia.
Sin placer y sin dolor.

De amor tal vez el halago,
Cual obra falaz de un mago,
Miro en horizonte vago,
Como en mi primera edad.

Mas pronto el cuadro se cubre
De niebla que a mí lo encubre,
Y el ojo al fin no descubre
Ni ilusión, ni realidad.

En los días de mi infancia
De candor y de ignorancia,
Armonía, luz, fragancia
Para mí la vida fue:

¡Fue mi sueño de inocencia!
Después en adolescencia

Penetré de amor la ciencia:
¡No me amaron; mas yo amé!

Con amor amé violento,
Con amor siempre en aumento;
De mi propio sentimiento,
De mi amor no más viví.

Y en alto, lejos del suelo,
Lanzado en inmenso vuelo,
Un nuevo universo, un cielo
Revelose dentro en mí.

Y en sus fúlgidas regiones
Corrí, ebrio de pasiones,
Y de extrañas sensaciones
Rebosó mi corazón.

¡Ah! ¡ruina irreparable!
Mi corazón miserable
Que infinito, inagotable
Yo creí, me hizo traición.

Y hoy... lloro, sí, lloro en vano...
¡Ah! no es mi cabello cano,
Ni mis arrugas de anciano
Lo que lloro sin cesar;

¡Es el fuego de la vida!
¡Es la llama ya extinguida!
¡Es mi facultad perdida,
Mi gran facultad de amar!

1838.

LA HURÍ

Murió mi amor; mi corazón me resta,
Mi corazón sin límite ni fin,
Capaz de dar aún más de lo que ha dado
Al ser que Dios le guarda en porvenir.

Yo te presiento, hurí que aún no conozco,
Por la inquietud que ya comienza en mí,

Cual se presiente por el son la lira,
O por su olor presiéntese el jazmín.

¡Oh! ¿quién serás y cuál será tu nombre?
Cuáles serán tu raza y tu país ?
¿Te bañarás del Ganges en las aguas?
¿O correrán tus años junto al Rin?

¿Tendrá tu faz el negro de la uva,
O la brillante candidez del lis?
¿Caminaras viajera por el mundo
Con la nación proscrita de David?

Quizá a los dos nos cubre el mismo cielo,
Y hablas mi lengua, y paso junto a ti;
Quizá te he visto, y aun quizá te he amado,
Y aspiro sólo a ser lo que antes fui.

Cierto germano, como yo poeta,
Y como yo de corazón augur,
La hermosa hurí que Dios le reservaba
Así cantó sin conocerla aún:

¡Oh tú, mujer que habrás de amarme un día!
Si, donde habitas hoy, supieras tú
El largo amor que en mí te voy juntando,
Y el canto que te guarda mi laúd.

Mientras el mar te ve quizá mecerte
En tu hamaca pendiente del bambú,
O corres los desiertos de Sahara
Sobre el ala fugaz del avestruz;

Yo tu mitad de sombra siempre guardo
Cuando, sentado al pie del abedul,
Mi vista, recorriendo el horizonte,
Te busca por el norte y por el sur.

¡Ah! sólo sé de ti que habré de hallarte
Tan pura en tu beldad y juventud,
Como la flor del Alpe oculta en nieves
Jamás holladas por viajero algún.

HISTÓRICO

Me quieres asegurar
Que yo poeta nací:
Sí: nací para cantar;
Mas para cantarte a ti.

La voz que exhaló mi lira,
Y en tinta el papel guardó,
Esa voz por ti suspira,
Y para ti se exhaló.

Sin conocerte te amaba,
Adivino te canté;
Lo que en la vida buscaba
En tu sonrisa lo hallé.

Por primera vez al verte,
Un misterio en mí pasó:
Yo pensé reconocerte,
Y ver lo que nadie vio.

Un recuerdo misterioso
De otro mundo y de otra edad
Del cielo un viso glorioso,
Un trasluz de eternidad.

Y mi ser sintiose lleno
De una existencia mayor,
Y en el fondo de mi seno
Una voz trinó mi amor;

Y en mi corazón convulso
Oraces llamas sentí,
Y un irresistible impulso
Que me arrebatava a ti.

¡Ah! si entonces la barrera
No hubieras puesto que hallé,
Nunca yo bajado hubiera
Al abismo a que bajé.

Que afligido, despechado,
Ardiendo en celos y amor,
Y sangriento y desgarrado
El corazón de dolor,

Dejé a aquella que pudiera
Mi existencia ennoblecer,
Y a buscar fui quien me diera
De degradarme el placer.

¡Ay! y de mi lira el canto
Que por ti debió sonar,
Y de mis ojos el llanto
Que por ti debió brotar:

Todo ante un ídolo horrendo,
Todo profanado fue:
Amar a Dios no pudiendo
¡Ay! ¡a Satanás amé!

Hoy, hoy vuelvo a ti de nuevo:
Mas el mismo ya no soy;
Borrar la mancha que llevo
Ni tú misma puedes hoy.

¿Ni tú? ¿qué dije? Tú puedes
Volverme mi juventud,
Y, cual Jove a Ganimedes,
Exaltarme a la virtud.

En ti la voz: Yo te amo,
¡Sí! te lo digo en verdad,
Me dará cuanto reclamo:
Vida, honor, felicidad.

Enero 4, 1840

LA MAÑANA

¡Dulce virgen, despierta, despierta!
¡Deja el lecho de plácidas rosas;
Abre ya de tu choza la puerta,
Abre, y ven a sentarte a su umbral!
¡Ven y mira la fúlgida Aurora
Que, en la cima del monte de oriente,
Con fervor, de rodillas, adora
De los incas al padre inmortal!

¡Ven, y escucha el suspiro profundo

Que, al salir de las sombras del sueño,
Se levanta a lo lejos del mundo
Como el ¡ay! postrimero de amor!
¡Ven, y ve la argentada laguna
Que, del aura al impulso süave,
Cual va y viene del niño la cuna,
Se remece con sordo rumor!

¡Goza, goza tu bella mañana,
El reír de tus jóvenes días!
¡Goza en paz de su brisa temprana
Semejante al aliento de Dios!
¡Oh! ¿por qué de mi fúnebre suerte
Nos separa la mano de hierro?
¿Por qué al menos decirte en mi muerte
No me deja ni el último adiós?

¡Ay! ¡postrado, sintiendo en mi cuello
Imprimir al crüel infortunio
De su planta el gravísimo sello,
Bramar oigo debajo un volcán!
¡Huye dé! ¡En tu pobre cabaña
Encerrándote, escucha tan sólo
Retumbar por la ardiente montaña
El zumbido del raudo huracán!

¡Lejos, lejos! ¡En breve espantada
Con un trueno de muerte, una noche,
Del volcán en la cumbre apartada
Una llama verás relucir!
Y después que la estés contemplando,
«¡Ya murió! ¡Pobre amigo!
¡El me amaba!» ¡Por ventura dirás suspirando,
Y a tu choza entrarás a dormir!

Febrero, 1835

LA VENIDA A LA CIUDAD

¡Y pisas ya de la ciudad el suelo!
¡Huyes del aura el amoroso arrullo!
¡Tu, blanda flor, cuyo primer capullo
Nació al besarse con la tierra el cielo!

¿Al árido volcán los azahares
Suben jamás? ¿El matinal rocío
Las siestas ven? ¿O por el bosque umbrío
Deja el coral los azulados mares?

¡Y tú, Delina , cuya leve cuna,
Entre el silencio de las noches calmas,
Se remeció bajo las verdes palmas
Al rayo oblicuo de la corva luna...!

¡Tú, que, detrás de embovedadas yedras,
Sola y desnuda por las vegas hondas,
Los pies aun dentro de las tibias ondas,
El coco hendías sobre lisas piedras...!

¡Tu, sonrisa de amor, tú, bajo el techo
Hoy de los hombres a sentarte vienes!
¡A reclinar tus virginales sienes
Del infortunio en el pomposo lecho!

¡No! ¡Lejos! ¡Ay! ¡Que en él por cada pluma
Su leve punta asoman las espinas,
Y el sueño que se esconde en las cortinas
Con beso impuro el corazón abruma!

¡Lejos, Delina, lejos! ¡Torna cauta,
Torna del bosque al celestial perfume,
Torna al gemir de tu paloma implume,
Más blando, sí, que el son de sabia flauta!

¡Torna a mirar por el ceñudo monte
Rodar saltando el rollo de verdura,
Desplegado alfombrar la gran llanura
Y perderse en lo azul del horizonte!

¡Torna, y de noche entre las ondas flojas
De la hamaca que vio tu primer lloro,
De fina lluvia el murmurar sonoro,
Cayendo oirás del plátano en las hojas!

¡Torna a tus vegas, virgen inocente!
¡Ah! ¡No te asustarán en las cabañas,
Del pobre cazador de las montañas
La ronca voz y nebulosa frente!

¡No allí lo temas, no: que el soplo manso

Del llano nunca refrescó su seno;
Nunca bajó de la mansión del trueno,
Por donde vuela sin gozar descanso!

De lo que fue tan sólo la memoria
Resta, cual tronco de abatido sauce,
Como de gran torrente el seco cauce,
O como el eco de abismada gloria.

Torna a las vegas: el, grosero sayo
Vistiéndose, descalzo, con ceniza
Emblanqueciendo su melena riza,
Irá a las cumbres do lo espera el rayo.

Marzo, 1835

UN SUEÑO

Junto contigo caminar la vida;
Una tras otra ver volar las horas;
Al mundo y a sus dichas impostoras
Volver la espalda y dar la despedida;

Entrar de amor en la región profunda
Solos tú y yo; de amor no más viviendo,
La luz gozar hoy lejos estoy viendo,
Ultima luz de amor que al hombre inunda.

¡Estoy contigo! ¡Unido yo contigo!
¡Rabia y dolor! ¡Es esto sólo un sueño!
¡Recio su puerta amor cerró con ceño,
A ti y a mi negándonos abrigo!.

1839

ÉL Y YO

Pude un tiempo esperar que tú me amaras;
Mas mi dulce esperanza ya acabó;
Que, vivo aún más que en los pasados días,
Arde en tu pecho tu primer amor.

Siempre la imagen del ausente amigo
Vive interpuesta entre nosotros dos:
Su hermosa faz mi oscura faz eclipsa,
Su voz contrasta con mi ronca voz.

Ingenio, orgullo, gracias, hermosura...
¡Ah! ¡todo tiene, nada tengo yo!
Sólo una cosa tengo que el no tiene:
Mi enemigo mortal, mi corazón.

Mi corazón, que me dictó te amara;
Mi corazón, que para ti nació;
Mi corazón, que al verte se estremece,
Cual se estremece el ángel ante Dios.

Octubre 28, 1839

EL SERAFÍN Y LA MUJER

Era tu amante. Desdeñado, triste,
Y el triunfo viendo de un feliz rival,
La esperanza perdí de hacerte mía
Y de obtener tu corazón jamás.

Y arrancar no pudiendo de mi pecho
Ni tu memoria ni mi amor fatal,
Siéndome odiosa ya sin ti la vida
Y un infierno sin ti la eternidad;

Volví mi corazón y alcé mis ojos
Con lágrimas al Padre universal,
Y le pedí que me tornase en nada
O se dignase verme con piedad.

Y el me escuchó; la voz oyó de su hijo;
Tornó mi corazón a palpar,
Y una esperanza angélica, divina,
Bajó del cielo y sosegó mi afán.

¡Ay! la hermosa mujer que tanto amaba
De improviso ante mí desapareció,
Y en su lugar brillante alzose un ángel,
Un ángel, sí, brillante más que el sol.

Cayó la carne: el alma presentose;
Yo comprendí la gran bondad de Dios,
Yo comprendí que tofo aquí no acaba,
Que hay otro mundo de inmortal amor.

Y ya inspirado con tan grande idea
Pulsé mi lira y levanté mi voz,
Y te cité para el postrero día
Para el reino infinito del Señor.

Y aunque lloraba, dulce me era el llanto,
Que iba mezclado con mi triste adiós
Un dulce sentimiento de esperanza,
Que aliviaba el pesar del corazón.

Hoy, Delina, yo te amo todavía;
Te amo, Delina, cual jamás te amé:
Te amo, te adoro, todo yo soy tuyo,
Cuanto ya he sido, cuanto habré de ser.

Y, ¡oh dicha inmensa! ¡inapreciable gloria!
Soy amado de ti, tengo tu fe:
No hay ya desaires que afligirme puedan,
Ni rival a quien deba aborrecer.

Ahora yo, pues, debiera ser dichoso.
May ¡ay! ¡infortunado! ¿lo diré?
No soy feliz; tu amor, que es mi tesoro,
Es quien me roba mi quietud también.

No hay ya ilusión; el ángel ha volado
Y en su lugar ha vuelto la mujer:
¡Hermosa, seductora, irresistible,
Que me tiene en cadenas a sus pies!

¡Ah! vivir pude y esperar tranquilo
Cuando en ti contemplaba el serafín;
Mas hoy que adoro en ti mi dulce amante,
No puedo ya, no puedo en paz vivir.

Tus miradas de fuego me anonadan,
Me hacen temblar tus labios de carmín;
La imagen de tus gracias virginales
Dondequiera me viene a perseguir.

¿Será la dicha, pues, un don funesto,

Y tu amor un castigo para mí?
¿Será infalible, pues, que acá en la tierra
No podré, mientras viva, ser feliz?

¡Ah! ni hay ya para mí más que dos muertes:
O expirar de dolor lejos de ti,
O en tu seno adorado y palpitante,
De dicha inmensa y sin igual morir.

Marzo 18, 1842

MI LIRA

Toma mi lira, Delina,
Tómala ya, que profunda
Desde sus lóbregos senos
Llama a tu amigo la tumba;
Tómala, y cuando, a los rayos
De tu lámpara nocturna,
Junto a tu lecho la cuelgues,
Todo mullido de plumas,
Oirás sus cuerdas de oro
Que retemblando murmuran;
Oirás sus tristes suspiros
Que entre las sombras fluctúan.
Y, si tus dedos de rosa
Sus cuerdas rápidos pulsan,
Si vagarosos en ellas
Lánguidos himnos modulan,
Verás que bajo tu mano
Trémulas lágrimas suda,
Y sus marfiles se empapan
En menudísima lluvia.

¡Ah! cuando su luz de perla
Con que las vegas inunda
Desde los cielos derrame
La melancólica luna,
Con esa lira, Delina,
¡Oh! ven a la sepultura
Que de tu amante por siempre
Los tristes huesos ya cubra.
Allí, del ciprés sentada
Bajo las ramas augustas,

Sólo oirás zumbar el viento
Por las lejanas llanuras;
Allí, del árbol sagrado
Desprenderse por ventura
Sientas alguna hoja seca
En tu melena profusa,
Y entonces, cuando tu mano
Con una guirnalda cubra
La humilde cruz de mi huesa,
Entre el verdor medio oculta,
¡Delina, virgen del cielo!
Desde el fondo de mi tumba,
Oiga yo que al menos lloras
Mi amor y mi desventura.
¡Oiga yo en la noche eterna
Gemir mi lira viuda,
Y, consolados, mis manes
Palpitarán de ternura!

Febrero, 1835

EN UN BAILE

Cuando, en mi capa envuelto a la española,
A media noche, en baile concurrido,
Del inmenso tropel desatendido,
Me escondo en un rincón;
Y miro allí pasar ola tras ola
El valse en su redondo movimiento;
Y, con la mano sobre el pecho, siento
Latir mi corazón...

Y los perfumes mil de miles flores,
Y los reflejos mil de mil bujías,
Con ecos mil de miles armonías,
Siento de lejos hasta mí llegar;
Y las voces de damas y señores,
Y coloquios, y cánticos, y risas,
Todo zumbando cual las vagas brisas
Que juegan con las olas de la mar...

Pienso entonces que allí como extranjero
Me encuentro solo faz a faz conmigo;
Que no hay un solo corazón amigo

Que me conozca allí.
¡Oh! pienso entonces en mi amor primero.
En ti, mujer que tanto amé, que adoro,
En ti, mujer, perdido bien que lloro...
¡Delina, pienso en ti!

Junio 27, 70

EN VÍSPERAS DEL COMBATE

Tristes, mortales tórrense mis días;
Hoy como ayer, mañana igual a hoy;
Campos, montañas, cielos, todo cambia;
Pero no cambia, no, mi corazón.

¡Mi corazón! en el cual siempre reinas;
Eterno en él aun vive el mismo amor,
Aquel amor que tú nacer hiciste,
Que sólo morirá muriendo yo.

¡No! ni aun entonces morirá, Defina.
¡Mi amor, mi bien, mi orgullo, mi blasón!
¡Mi alma inmortal lo llevará consigo
Al pie mismo del trono del Señor!

Pronto quizá... la muerte cerca tengo...
La odiosa muerte vaga en mi redor...
Es alta noche... el enemigo enfrente...
Tal vez mañana callará mi voz.

Si ésta es mi hora postrera, tuya sea.
Todo el amor de que capaz soy yo,
Todo en mi pecho concentrado y junto
Te lo ofrezco, Delina, y te lo doy.

¿Lo aceptarás...? ¿Qué se oye...? ¡El enemigo!
¡Alarma suena ronco el atambor!
Truena el bronce... ¡Mis armas, mi caballo
¡Oh! ¡dame algunas lágrimas! ¡Adiós!

La Cruz, septiembre 4, 70

¡LA HE VUELTO A VER!

¡Sin verla un año entero
Corrido, pues, había:
Un año de agonía,
Año de maldición!

¡Y su imagen empero
Doquier me perseguía;
Y al verla así sentía
Temblar mi corazón!

¡Recuerdo dulce y triste
Del tiempo que ha volado!
¡Del tiempo fortunado
Que nunca volverá!

Despreciar lo que existe,
Tal es la ley del hado;
¡Y llorar lo pasado
Y ansiar lo que será!

Si el hombre miserable
Lo que pinta en su mente,
Cual lo llora o presiente,
Pudiera conseguir...

Mas tanto bien no es dable:
El mal siempre presente,
La dicha siempre ausente,
Pasada o por venir.

Y el hombre, ¡oh desconsuelo!
Va andando de continuo,
Y a todo peregrino
Saluda y dice adiós.

Por eso inmoble el cielo
- ¡Magnífico destino! -
Al fin de su camino
Le puso al hombre Dios.

Así pensaba yo pensando en ella;
Y de mis ojos lágrimas corrían,
Y mil recuerdos entre mí nacían
De luz, de vida, de placer, de amor.

Como de noche alguna aislada estrella
Luce remota, en cielo inmenso y vago,
Y empero, abajo acá la pinta un lago;
Tal ella, ausente, estaba en mi dolor.

Sobre su faz cual una leve gasa,
Pálido el tiempo echaba su tiniebla,
Cual la indecisa, rala y dulce niebla,
Que en las mañanas cubre cielo y mar:

Ya en los altos balcones de su casa;
Ya en su sofá, tendiéndome la mano;
Ya, junto a mí, sentada a su piano
Un mundo haciendo de él desencerrar.

¡Y todo ausente y para mí perdido!
¡Y, cual los nombres quedan en la historia,
Todo existente sólo en mi memoria,
Y no pensar volver a verla más!

Ella, que amor, virtud, beldad ha sido,
Ella, que inspira amor, virtud, ternura,
Ella, de Dios imagen viva y pura,
Y entre ella y yo la odiosa voz, ¡jamás!

¡Jamás!... ¡Oh, no! ¡La habré de ver hoy mismo!
¡Oh! ¡la veré! ¡Mi amor diréle intenso,
Aquel amor, fogoso, extraño, inmenso,
Que hace bullir mi sangre de español!

De despecho en un largo parasismo,
Hoy tal pensé; y hoy mismo hacia su puerta
Me dirigí: llegué; la hallé entreabierta;
Y entré por ella al irse a ocaso el sol.

¡Cómo expresar pudiera
Las hondas sensaciones
Que mis viejas pasiones
Despertaron en mí,

Al ver, cual antes viera,
Los patios, los balcones,
Los mismos barandones
Que en otro tiempo vi!

Desierto todo estaba
Y todo silencioso...
Y tan sólo, medroso,
De mis pies el rumor

Confuso resonaba,
Al yo cruzar ansioso
El giro tortuoso
Del largo corredor.

Del corredor enfrente
Su estancia se veía...
Llegué al umbral...
¡Un día Allí la conocí!

Y sudaba mi frente,
Y mi seno latía;
- ¡Allí verla debía!
- Entré... ¡la vi! ¡la vi!
-

La misma, sí, que antes,
La misma que amé tanto;
La misma... el mismo encanto
Pintándose en su faz.

¡De amor dulces instantes!
¡De amor ardiente llanto!
¡Casi me causa espanto
De dicha el ser capaz!

Es media noche: la ciudad dormida
Lejos de mí y a mi derecha yace;
Y el aura fría de los montes hace
Mis miembros y mis dientes tiritar.

La gran sabana, lóbrega, extendida,
Miro a mis pies, arriba las estrellas;
Y en occidente algunas vagas huellas
Que ha dejado la luna al trasmontar.

¡La he vuelto a ver! ¡Hoy otra vez la he visto!
Mas esta vez no ya por vez postrera;
Que hasta el instante mismo en que yo muera,
Todos los días volveré a sus pies.

Cual vive el eremita al pie del Cristo,

Mi vida entera pasará a su lado:
¡Ella, presente, porvenir, pasado,
Ella en el mundo mi ángel guardián es!

¡No hay objeción, ni estorbo, ni reparo!
¡Ah, nada importa mi tenaz desdicha!
¡Ella es mi fin, ella es la misma dicha!
¡Y ya la he visto, y quiero ser feliz!

¡Mas yo feliz... ! ¡Feliz, feliz un Caro!
Hay una maldición contra mi raza,
Que en su anatema a todos nos abraza,
Y escribe en nuestras frentes: ¡infeliz!

Y es cierto; y no por eso desespero,
Mi padre sólo amarme supo en vida:
Después acá, jamás correspondida
Hallé de amor mi gran necesidad.

¡Y nada importa, y siempre en Dios espero!
¡Ella por fin será por siempre mía!
Mi amor y el suyo habrán de unirse un día;
¡Si el tiempo no, será la eternidad!

Junio 29, 1840

EL ROBO

Esos versos que has leído
Y que hablándote de amor,
Te pintaban el dolor
Que alguno por ti ha sentido...

De esos versos soy autor:
Y, si te han enternecido,
Sólo a mí te has dirigido,
No al cruel usurpador.

El mis versos ha usurpado:
El con ajeno atavío
Revistió su amor impío,
Tu ternura me ha robado.

A los dos ha defraudado,

Y un corazón flojo y frío
Como suyo te ha expresado
El amor que sólo es mío.

¡Oh! ¡mi amor sí es verdadero!
Ese amor, que hoy gime triste,
¿No es el mismo amor sincero
Que en mis versos aún subsiste?

La voz de mi desespero,
¿No es la misma voz que oíste?
Y mi llanto lastimero,
¿No es el mismo, di, que viste?

¡Oh! ¡mi corazón te ama!
Al amor por ti nació,
Arde en él por ti la llama
Que por nadie en el ardió;

Por ti mi ser todo clama,
¡Ay! mi ser mismo murió;
Que en el tuyo así se trama
Que es en ti que existo yo

Septiembre, 1838

¡ETERNO ADIOS!

¡Tú cuya voz celestial llenó de divina armonía
El seno oscuro do mi ser se encierra,
Tal como suele de pronto llenar la noche sombría
El canto patrio allá en extraña tierra!
¡Tú cuya sola voz mil voces en mí desencierra
Con mil memorias de la infancia mía!
¡Adiós, que ya mi porvenir se cierra!
¡Sí; para siempre adiós; adiós, sí, para siempre, María!

¡Oh! ¡comprender tú no quieres mi amor verdadero y profundo!
¡Entrar no quieres en el grande encanto
Do solitaria mi lira suena incesante en su canto,
Que sube a ti con eco gemebundo!
Un horizonte me envuelve; en el mi existencia difundo:
Y, al verme solo en él, con vago espanto
¡A veces tiemblo, a veces rompo en llanto!

¡De el yo no salgo, y en el no penetra nadie en el mundo!

¡Oh! ¡y este horizonte encantado es mi ser, soy yo mismo!
¡Y fuera de él, tras su confín postrero,
Oigo gemir sin cesar de la humana miseria el abismo,
Como en su torre el mar el prisionero!
Oigo a los hombres, sin Dios, no entendiéndose, en gran desespero,

¡Nada! gritar, y ¡Acaso! y ¡Ateísmo!
Y oigo otra voz que desde el ser primero
Baja a aliviarnos, ¡la voz del viejo, inmortal cristianismo!
Dentro del cerco tan sólo miro mi propia existencia:
De mi memoria miro el negro arcano,
El libro a medio-abrir, do, yo no sé de quién, una mano
De lo que fue me pinta una apariencia.
Miro como un sueño aéreo mi edad de inocencia;
El padre ido por quien lloro en vano;
Mi huerto aquel, mi hogar, mi abuelo anciano,
¡Todo fue, todo! ¡Y todo guardado quedó en mi conciencia!

¡Oh misterio del hombre! ¡Oh gran soledad de la vida!
¡Mar que me envuelve en sueños y despierto!
Huyo, y me sigue, y me envuelve al través del tiempo en mi huida;
¡Y siempre a mí su cóncavo está abierto!
Dentro, a par de eremita que gime en ignoto desierto,
Mi lira gime en voz adolorida;
Y ¡ay! ¡esa voz que sólo en eco incierto
Al mundo llega lejana, por mí no más es oída!

¡Ah! y esa voz interna que así de contino suspira,
Al tú asomar, de pronto acalla el lloro,
¡Y un espontáneo canto, puro cual lumbre, cual oro,
Dulce se exhala de mi negra lira!
¡Y sube a ti, como al cielo sube la llama en la pira,
A ti, mujer, cuya piedad imploro,
A ti, mujer, que por destino adoro,
Porque tu nombre no más mis potencias todas inspira!

¡Oh María, sí! Ese gran poder de paz y consuelo,
Ese poder que en mí tu nombre tiene,
No lo sabes tú, ni nadie saberlo puede en el suelo:
¡Lo sé yo solo, y Dios, de quien te viene!
¡Ah! ya que a mí la dicha de hacerte feliz no conviene,
Que Dios por siempre la negó a mi anhelo,
Sepa yo al menos que tu faz mantiene
Siempre plácida, lejos de mí, la sonrisa del cielo!

¡Ah! ¡no será, no: que sólo el amor nos da la ventura!
Y escucha atenta lo que hoy te digo:
Tú no me amas, y un día vendrá en que dejando el abrigo
Del sacro hogar do huyó tu infancia pura,
Sola con otro te irás; y entonces, mi amor te lo augura,
Un nuevo día al fin vendrá enemigo,
En que dirás: «¡Oh pobre y viejo amigo!
¡Ay! ¡el me amaba más, él ¡ay! con más verdad y ternura!».

Dime, pues, dime: ¿querrás unir con mi amor inaudito
El amor tuyo en una misma suerte?
¡Oh! resuelve, resuelve, sí, pronto; ¡que el último grito
Pronto dará mi lira al ver la muerte!
Este horizonte, do yo te convido conmigo a meterte,
Sin fin no es, mi amor es circunscrito:
¡De el hay en torno un Ser mayor, más fuerte,
Do sumergido todo se encuentra; su nombre: Infinito!

Hoy, ya de aquel de los montes patrios más alto en la cima
Vuelvo de mí los ojos en redondo,
Miro, nuevos montes lejos, la tierra miro en lo hondo,
-¡Y el cielo azul, en derredor y encima!
¡Algo siempre me ataja; mañana tal vez no reprima
Nada el impulso que en mi seno escondo:
Sin fin la tierra abajará su fondo!
¡Idos los montes, abierta del cielo inmensa la sima!

Es que a un tiempo las vallas todas de mi hórrido encierro,
Sin saber cómo, al suelo habrán caído!
¡Es que por siempre se habrá terminado ya mi destierro!
¡Es que habré visto al Gran Desconocido!
¡Es que habré ya muerto! ¡es que estaré ya con Dios confundido!
Cogiendo el todo, en que hoy finito yerro;
¡Veré, del mundo en un rincón perdido,
Sola, seguir una tarde mi madre mi cuerpo a su entierro!

Un instante vendrá, yo no sé si de horror o alegría,
Cuando la humana innumerable gente
Toda a entrar así volverá de Dios en la mente
De do salió; y entonce, amada mía,
Como dioses seremos los hombres sin noche ni día;
Y absortos en el Ser indeficiente,
Huirá por siempre en el de mí tu frente...
¡Ay! ¡adiós para entonces, adiós para siempre, María!

Octubre, 1838

SOCIEDAD Y SOLEDAD

¿Sabes quién soy? ¡oh dulce amiga mía!
¿Quieres saber lo que otro tiempo fui,
Y lo que soy, y lo que ser podría,
Y cuanto duerme oculto dentro en mí?

¿Quieres sondar los senos de mi alma,
Sacar a luz y conocer mi amor,
Y de la mar, que has visto sólo en calma,
Ver la tormenta en todo su esplendor?

¡Oh! cada noche, haciendo larga rueda,
Con doce más, en tu oriental sofá,
Antes que hurtar mi puesto nadie pueda,
Cerca de ti me ves sentado ya.

Mas, mientras gira en torno y a mi lado
El dulce hablar y el dulce sonreír,
Yo permanezco estúpido y callado
Como el que nada tiene que decir.

Es que a otro mundo entonces tú me llevas;
Es que mi alma siento engrandecer;
Es que de pronto en mí potencias nuevas
Siento agitarse y completar mi ser.

Si entonces yo, sin más rubor, gritara;
Si reventar dejara el corazón,
De inolvidable asombro os penetrara
Ese grande rugido de león.

Es de noche: a la luz de las estrellas,
Cuando el matiz de fuego y arrebol
Ya está borrado de las vivas huellas
Que, al irse, estampa en occidente el sol;

Es de un peñasco en la escampada altura,
De donde puedo libre contemplar
Los verdes campos, la montaña oscura,
El cielo azul, la inmensidad del mar:

Es, pues, allí y entonce, amada mía,

Cuando conmigo y Dios no más estoy,
Que mi ser brilla en pleno mediodía,
Y que aparezco a mí tal cual yo soy.

Nadie me ha visto así transfigurado;
Mi propia forma yo no más la sé:
Que torno a entrar apenas en
poblado Y nada resta de lo que antes fue.

Sólo en mis cantos vive algún diseño
De esa gloria de noche y soledad,
Como del niño en el primer ensueño
Aún luce la reciente eternidad.

¡Guarda mis cantos, dulce amiga mía!
Esa es mi herencia que te lego a ti;
Cuando en el mundo no me mire el día,
Quede a lo menos ese son de mí.

Julio 23, 1839

ESTAR CONTIGO

¡Oh! ya de orgullo estoy cansado,
Ya estoy cansado de razón;
¡Déjame, en fin, que hable a tu lado
Cual habla sólo el corazón!

No te hablaré de grandes cosas;
Quiero más bien verte y callar,
No contar las horas odiosas,
Y reír oyéndote hablar.

Quiero una vez estar contigo,
Cual Dios el alma te formó;
Tratarte cual a un viejo amigo
Que en nuestra infancia nos amó;

Volver a mi vida pasada,
Olvidar todo cuanto sé,
Extasiarme en una nada,
Y llorar sin saber por qué.

¡Ah! para amar Dios hizo al hombre

¿Quién un hado no da feliz,
Por esos instantes sin nombre
De la vida del infeliz,

Cuando, con la larga desgracia
De amar doblado su poder,
Toda su alma ardiendo vacía
En el alma de una mujer?

¡Oh padre Adán! ¡qué error tan triste
Cometió en ti la humanidad,
Cuando a la dicha preferiste
De la ciencia la vanidad!

¿Qué es lo que dicha aquí se llama
Sino no conocer temor,
Y con la Eva que se ama,
Vivir de ignorancia y de amor?

¡Ay! mas con todo así nos pasa;
Con la Patria y la juventud,
Con nuestro hogar y antigua casa,
Con la inocencia y la virtud.

Mientras tenemos despreciamos,
Sentimos después de perder;
Y entonces aquel bien lloramos
Que se fue para no volver.

Julio 29, 1839

LA SONRISA DE LA MUJER Y EL ALMA DEL POETA

Hay en mi ser potencias adormidas,
Hay en mi mente ocultos pensamientos,
Hay en mi corazón presentimientos
Cuyo poder y cuyo fin no se:
Como a la madre son desconocidas
Las formas de ese ser misterioso
Que entre su seno bulle tembloroso,
Y es algo ya, mas nadie sabe qué.

Mas cuando estoy contigo y a tu lado,
Y oigo tu voz y miro tu sonrisa,

Siento pasar por mí de Dios la brisa,
Siento nacer un hombre nuevo en mí.
Y entonces, dominando lo pasado,
Y el vago porvenir y lo presente,
En cerco inmenso ensánchase mi mente,
Cuyo foco de vida irradia en ti.

Entonces las potencias que en mí callan,
Una tras otra, a mi presencia llegan,
Y, juntas ya, radiantes se despliegan
Cual aureola en torno de mi faz:
Fuerzas de amor ignotas en mí estallan,
Y soy capaz de cosas buenas, grandes,
Capaz de todo cuanto entonces mandes,
Y de martirio y de virtud capaz.

¡Oh! cuando al fin mi alma desprendida
Del barro vil, a Dios levante el vuelo,
No dará tanta luz allá en el cielo
Cual la luz que a tu lado esparce aquí.
Y el serafín, custodio de mi vida,
Al presentarse a mí por vez primera,
Sonrisa no traerá tan hechicera
Cual la sonrisa que hoy adoro en ti.

Agosto, 1839

TU NOMBRE

¡Oh! ¡deja que te llame por tu nombre!
¡Nombre de luz, de aroma, de armonía!
¡Tu nombre! ¡sin los títulos insulsos
Que odia el amor y que inventó la envidia!
¡Tu nombre! ¡que en mis labios no te ofenda!
Mas ¿qué dije? jamás te ofendería:
Que a Dios tu misma Dios también lo llamas;
Déjame, pues, a mí decir, ¡Delina!

¡Delina...! ese es el nombre misterioso
Que en mis primeros sueños entreoía;
Ese el nombre que en vano tantas veces
Quiso en sus ayes encontrar mi lira.
¡Tu nombre! ¿qué me importa la desgracia?
El sabrá consolarme en mis desdichas;

Y, si en el crimen por acaso entrare,
A la virtud me hará volver, ¡Delina!

¡Oh! cuando, al fin, tras años y sucesos,
En mí muera la llama de la vida,
Y me presente al Juez inexorable
La cuenta a dar de mis terrenos días;
Cualquiera que hayan sido mis errores,
Cualquier fallo que dicte en su justicia,
Podré su diestra desarmar del rayo,
Si le antepongo que te amé, ¡Delina!

Diciembre 5, 1839

LA ESTRELLA

Beldad que admira el mundo en su vejez,
Lo que. en mi triste corazón pasó
Al contemplarte por primera vez
Se siente sí; pero se expresa no.

Ingenio, gracias, rica juventud,
Noble pensar, cual yo lo concebí,
Amor y gloria, honor, placer, virtud...
Todo lo encuentro junto, y sólo en ti.

¡Oh! ¡para amarte me hizo Dios nacer!
Benigno u ominoso, astro inmortal,
Aquí serás la estrella que en mi ser
Repartirá ya sola el bien o el mal.

Junio 17, 1841

ENVIANDO UNA MANZANA

Esta disforme, colosal manzana,
Tan bella hoy, marchita ya mañana,
Emblema mudo de nosotros es.
Gústala pronto, el tiempo se apresura...
¡Ay! ¡la fealdad sucede a la hermosura,
Y a la edad de las risas la vejez!

¡PERDÓN! ¡PERDÓN!

¡Y es posible que yo te haya ofendido!
¡Que tan brutal, tan bárbaro haya sido
Que a ti, Delina, a ti,
Cobarde, ingrato y vil haya ultrajado,
Y a un tiempo cuanto debo haya olvidado
Tanto a ti como a mí!

¿Dónde el respeto a tu virtud estaba?
¿Dónde mi admiración por tu hermosura?
¿Dónde mi estima, dónde mi ternura?
¿Dónde mi inmensa, mi inmortal pasión?
¡Ah! ¡y en aquel momento yo te amaba
Con el amor más puro y más sincero!
¡Sí; de amor en las llamas, todo entero,
Se abrasaba por ti mi corazón!

¿Cómo, pues, pude amarte y ofenderte?
¿Amor y ofensa -como vida y muerte,
Como verdad y error,
Como inocencia y crimen- no se excluyen?
¿Cosas no son que mutuas se destruyen
La ofensa y el amor?

¡Ay! en el hombre débil y finito
Nada malo ni absurdo es imposible:
Ya, por mí propio, he visto que es posible
A lo mismo que amamos agraviar:
¡Sólo Dios, que es eterno e infinito,
Dios, que pasión alguna nunca asalta,
Dios, incapaz de mal, de error, de falta;
Sólo Dios, que es perfecto, sabe amar!

¡Sí; yo te amo, te amaba, y te he ofendido!
¡Sin saber cómo, al mismo tiempo he sido
Tu amante y tu ofensor!
¡Y ese es mi más amargo sentimiento,
Ese es ya mi inmortal remordimiento,
Mi eterno torcedor!

Que si mujer vulgar fueses, Delina,
Y si mi amor, vulgar afecto fuera,
Sólo un dolor vulgar también sintiera

Y pronto le dejara de sufrir.
May ¡ay! a ti, fue a ti, mujer divina,
A ti, mujer tan bella, y dulce, y pura,
A ti, que adoro, a quien mi boca impura
Lo que hoy ni) osó pensar, osó decir.

¡Correspondencia! ¡Oh dulce atroz memoria!
¡Oh del amor perdida inmensa gloria!
¡Oh esperanza inmortal!
¡Todo por siempre pudo arrebatarlo,
Y en el mar del olvido sepultarlo
Un momento fatal!

¿Qué digo? ¡Ya tal vez lo ha sepultado!
¿Tal vez? ¡Oh, no! ¡por Dios, Delina, aguarda,
La sentencia mortal, por Dios, retarda!
¡Consulta tu bondad, tu corazón!
Mas si ya para siempre has arrancado
Mi amor y mi memoria de tu pecho,
Si a tu amistad perdí todo derecho,
¡Ay! ¡logre yo siquiera tu perdón!

Junio 21, 1841

PROPOSICIÓN DE MATRIMONIO

I

Después de tantos negros desengaños
Que ya sufrí, de tanto amargo lloro,
De tantos males cuya cuenta ignoro,
Que desde niño me han envuelto a mí;
Cual la esperanza al fin de nuestros años,
Cual el consuelo al fin de la desdicha,
¡Astro de amor, imagen de la dicha,
Hurí del cielo, te he encontrado a ti!

¡Y tú no sabes cómo yo te amo!
¡Oh! ¡más que patria, amigos, deudos, madre!
¡Más que la sombra misma de mi padre!
¡Más que la gloria, el mando y el saber!
¡Por ti daría de laurel mi ramo,
Por ti daría nombre y apellido,
Por ti daría cuanto soy y he sido,

Por ti daría cuanto puedo ser!

¡Ah! ¡y ese amor tan vasto y noble, empero,
No llena más de mi alma el gran vacío
Que el cauce seco de un inmenso río
Puede llenar del campo un vil raudal!
Amarte más, amándote, yo quiero;
Que siento en mí que amarte más podría:
Mas dicho está que al esplendor del día
Jamás aquí saldrá mi amor total!

Es que finito y flaco el hombre nace,
Y del fastidio nadie lo preserva;
Es que sin duda al hombre Dios reserva
Para otro mundo y otro ser mejor.
Es que en la tierra nada satisface,
Ni cosa alguna aquí se ve completa;
Ni el ruego a Dios, ni el canto del poeta,
Ni el mal ni el bien, ni el odio ni el amor.

II

El hombre es una lámpara apagada,
Toda su luz se la dará la muerte,
Y un nuevo nombre, y una nueva suerte,
Y un nuevo ser - ¡demonio o serafín!
Al alma el tiempo tiene aquí tapada:
La eternidad del tiempo rompe el velo...
¡La eternidad! - ¡oh Dios! ¡infierno y cielo!
¡Odio y amor completos y sin fin!

¡Odio y amor! Del gran linaje humano,
Que viejo cubre desde Adán la tierra,
Cada individuo el signo oculto encierra
Del mal o el bien, de Satanás o Dios.
De eternidad al lóbrego oceano
Llega el instante en que las velas tiende:
Lo que es, entonces súbito comprende,
Y al barro vil por siempre dice adiós.

Tanta verdad que hoy duda, teme, espera;
Tantos oscuros, hondos pensamientos;
Tantos inquietos, vagos sentimientos,
El hombre entonces faz a faz va a ver.
Sin nube ya ni incómoda barrera,

El justo entonces se verá a sí mismo;
De Dios entonces el grande, eterno abismo
Su corazón podrá satisfacer.

¡Oh! tú de Dios impreso el signo llevas
En tu voz, tu mirada, tu sonrisa;
Y en lo que hoy eres, débil se divisa
Toda la luz que entonces habrás de dar.
¡Entonces! ¡En mí de amor potencias nuevas!
¡En ti perfecta tu beldad hoy trunca!
¡Hermosa tú, y hermosa más que nunca!
¡Amante yo, cual hoy quisiera amar!

III

¡Oh! ¿ qué me importa, pues, que aquí y ahora
El cetro del destino nos aparte,
Si en otro tiempo, al fin, y en otra parte
Me darás tanto y más que puedes hoy?
¿ Ni qué me importa que por una hora
Hayas de ser de algún rival más listo,
Si él no tendrá lo que el en ti no ha visto,
Lo que yo vi, lo que esperando estoy?

¿Qué le darás... ? No más de lo que tienes
Todo tu amor, amor perecedero,
Tu rostro hermoso, angélico, hechicero...
Pero que al fin habrá de envejecer.
¡Y nada más! ¡y más no son sus bienes!
Eres mujer, después serás arcángel:
¡Oh! ¡que yo tenga para siempre el ángel,
Y él tenga aquí cien años la mujer!

Dale aquí, pues, tu amor, tu fe, tu nombre;
Únete aquí con él en firme lazo;
Tu primer beso, tu primer abrazo,
Dáselo todo -la esperanza a mí.
¡Oh! ¡la esperanza! ¡el solo bien del hombre!
¡Del pobre, el triste, el viejo, sola amiga!
Que a lo presente lo futuro liga,
Y hace bajar el cielo al mundo así.

¡Ah! no me robes este dulce sueño,
Que hoy mi orfandad alegre y mi abandono
¡Dime que allá y al pie del santo trono,

Tendremos juntos un lugar los dos!
¡Dime que allá seré exclusivo dueño
De cuanto el Padre a ti te predestina!
¡Que allá, por siempre, para ti, Delina
Seré el primero yo después de Dios!

Julio 9, 1840

LA BENDICIÓN NUPCIAL

I

¡Oh! mira la selva de viejos, altísimos robles
De do Tequendama levanta su eterno clamor;
Clamor que de lejos remeda los rancos redobles
Que un Genio sacara de algún estupendo atambor.

Medita esa selva, su fin y su origen medita;
¿En ese desierto quién pudo quererla sembrar?
¿Quién, dime, quién pudo tener la paciencia infinita
De uno por uno sus árboles todos plantar?

¡No! ¡nadie, sin duda! La selva por sí se ha formado;
De un árbol primero los otros vinieron en pos,
Que a aquel primer árbol el germen fecundo fue dado
De miles de robles, de miles de selvas por Dios.

Después, de los cabos del ancho y redondo horizonte
Vinieron los vientos, el alto prodigio a cumplir;
Cargados del germen, lo largo corrieron el monte
Y el bosque sembraron donde hoy se les oye gemir.

Lo mismo los peces que esconde el inmenso oceano,
Lo mismo esas aves que hendiendo la atmósfera ves.
Y plantas, e insectos, y brutos, y el género humano,
Señor de esta tierra que pisan soberbios sus pies.

II

Sí, cuanto goza aquí de aliento y vida,
Cuantas especies fueron y serán,
Cual cadena jamás interrumpida
Todas proceden de un primer Adán.

Mas, después de ese Adán único y fijo,
Cada cual torna a ser principio y fin,
Causa y efecto a un tiempo, padre e hijo,
Abuelo y nieto, Isaac y Benjamin.

Cada cual, cuanto fue representando,
También prepara todo el porvenir,
Y, al que nació primero continuando,
Guarda al que debe el último morir.

Si algún rebelde anillo se separa,
Formando al lado estéril excepción,
La cadena le olvida y no se para,
Y de eslabón prosigue en eslabón.

¿Oh! en uno de sus raptos un profeta
Pudiera así, con vista celestial,
De un golpe ver la humanidad completa
En la persona de cualquier mortal.

III

Sin ese socorro del cielo bajado,
¿Quién toda su especie pudiera abarcar?
¿Quién, di, lo presente, futuro y pasado,
En una mirada pudiera juntar?

Aquél solamente que inmóvil existe,
Que ve el universo rodar a sus pies,
Que sólo sin tiempo ni espacio subsiste,
Que sólo el primero y el último es.

Aquél que al principio del caos el abismo
Con una palabra fecundo tornó,
Reunida en un punto contempla en sí mismo
La innúmera raza que Adán comenzó.

¡Visión soberana, de Dios viva gloria,
Que eterna ilumina su eterna unidad,
Do escrita completa fulgura la historia
De toda existencia, de toda verdad!

¡Luzbel, no me tientes...! ¡tu orgullo estupendo
No venga a asociarnos jamás a los dos...!

¡Aparta, maldito! ¡que a veces comprendo
Tu inmenso pecado, tu envidia de Dios!

IV

Con esa cadena que seres a seres anuda,
Corre otra cadena do el mal eslabónase al bien;
Nosotros, en sombras envueltos y en mísera duda,
De fuerza o de grado, seguimos su curso y vaivén.

¿De dónde venimos? ¿qué somos? ¿a do caminamos?
¡Quién sabe qué suerte mañana la nuestra será!
¡Quién sabe qué traiga mañana lo que hora pensamos!
¡Mi lira que hoy llora mañana tal vez callará!

¡Oh tiempo! Dios sólo conoce tu oscuro secreto;
Nosotros sembramos, el fruto madúralo El;
De súbito al hombre presenta ese fruto repleto
A veces de néctar, a veces de acíbar y hiel.

Y nada aprovechan desvelos, afanes, fatigas;
Romperse la frente con cálculo y cálculos mil;
Buscar los consejos preciados de gentes amigas...
Granizo imprevisto de pronto destruye el pensil.

Del justo en la tierra la cuenta resulta fallida,
A Dios invocando y haciendo a su prójimo el bien;
Llamando al demonio, de crimen tejiendo su vida,
Al malo su cuenta fallida le sale también.

V

Quién puede responder del resultado
Que sus obras habrán de producir?
A medias recordando lo pasado,
Quién puede responder del porvenir?

De lo imposible el insondable abismo
Ningún ojo mortal midió jamás...
Sin poder responder ni aun de sí mismo,
¿Quién podrá responder de los demás?

Pudo Edipo existir, y de su padre
El homicida ser sin intención;

Cual lloró de placer al verse madre
La madre de Calígula o Nerón.

Un mundo, y tras su mundo una cadena
Halló Colón, más sabio que feliz:
¿Pudo soñar, decid, con Santa Elena
Napoleón la noche de Austerlitz ?

¡Sabios! ¡héroes! ¡monarcas! estos nombres
Sólo de orgullo un privilegio os dan;
Que para el porvenir los grandes hombres
Tan ciegos todos como el vulgo van.

VI

Mujer hermosa de tu rostro vana,
Sí, la ciencia de Jenner soberana
Deja brillar tu tez;
Mas, ¡ay! la muerte sola con su ciencia
Librará tu beldad de esa dolencia
Peor de la vejez.

Y antes de muerte y de vejez la mano
De sabio, inexorable cirujano
Vendrá tal vez, brutal,
Sin admirarlas ya, casi sin verlas
A despojar de sus brillantes perlas
Tu boca de coral.

La base del poder no es más segura
Que el triste porvenir de la hermosura:
¡Oh! ¡dilo tú, París!
Que al grande Enrique y al imbécil
Carlos De vida o trono has visto despojarlos
Como al santo Luis.

También el genio... En vano se le mira,
Orgullosa abrazándose a su lira,
En su lira creer;
Decir: «Yo propio formo mi destino;
Mendigo, prisionero, peregrino,
Genio siempre he de ser.

Y hasta que el golpe sufra de la muerte,
Venceré los rigores de mi suerte

Con mi canto inmortal».
¡Ay! que el genio también puede extinguirse;
Y el poeta, ya mudo, consumirse
Loco en un hospital.

VII

¿Dónde, pues, la regla eterna
De nuestras obras buscar,
La luz que de nuestra vida
Disipe la oscuridad;

Do la ley que nos disponga
Para el bien y contra el mal,
Si para el hombre no aclara
Ese porvenir jamás;

Si beldad, riqueza, gloria,
Ciencia, genio, autoridad,
Tantas vanas garantías
Que envidia con necio afán,

Puede perderlas mañana
Cual las pudo ayer ganar,
De alta fortuna cayendo
A indecible adversidad.

¡Oh! ¿do la ley de la vida,
La ley del bien y del mal,
Si para el hombre impotente
El porvenir es azar?

VIII

¡Oye! la regla existe, yo la tengo.
No se quién soy, no se de dónde vengo,
Ni qué será de mí;
Y ¡oye! mañana una mujer querida
Y yo por siempre nuestra doble vida
Unimos con un sí.

¿Y qué resultará? ¡Todo es posible!
El porvenir inmenso, inaccesible,
¿Qué no puede encerrar?

¡Lágrimas! ¡crimen! ¡infortunio! ¡muerte!
Como también una tranquila suerte
Sin nubes ni pesar.

Al arrancarla del solar paterno,
Voy a exponer acaso a crudo invierno
Esa indefensa flor:
Hoy nos sonrío mi mejor estrella;
Acaso el pan mañana para ella
Mendigue del dolor.

Hoy su radiante, juvenil figura
Imagen es de vida y de ventura,
De candor y placer,
¡Ay! nueve lunas más... y acaso el fruto
De nuestro amor al darme, dé en tributo
A Dios también su ser.

Y, ese riesgo salvado, todavía
¡Quién me dirá si en mi vejez un día,
De duelo y aflicción,
Sobre mi raza, padre infortunado,
A descargar no me veré obligado
Mi justa maldición!

IX

Juntos, pues, ella y yo, sin piloto, los ojos vendados,
De un barquillo al vaivén, y del soplo del tiempo al azar,
En el pecho el amor, dulcemente uno en otro apoyados,
Vamos, pues, ella y yo, de la vida el abismo a surcar.

¡Ay! tal vez cuando ya cielo y aguas no más contemplemos,
Brame ronco huracán, silbe el rayo, y abriéndose en dos
Contra oculto peñón, estrellada la barca, entreguemos
Nuestros cuerpos al mar, nuestras almas amantes a Dios.

Un ministro de Aquél que en la cruz expiró por nosotros
A la playa, es verdad, nuestro viaje vendrá a bendecir...
Pero no a asegurar... Con igual condición ¿cuántos otros
No se hundieron al fin tras odioso remar y sufrir?

¿Cuál es, pues, esa ley en que yo ciegamente confío?
¿Esa brújula, sí, con que el rumbo no puedo perder,
Con la cual sin terror las tormentas y el mar desafío,

Y del lóbrego azar en la noche me voy a meter?

X

Oye: Dios es: aún más allá del mundo,
Y antes que el mundo fuese, El existía;
Al resplandor del sempiterno día,
Goza feliz de su inmortal Beldad.

Sabio y fuerte, benévolo y fecundo,
Quiso manifestar su Omnipotencia,
Y aún más que su poder y vasta Ciencia
Quiso fuese alabada su Bondad.

El era Dios; de Padre quiso el nombre:
Y creó cuanto envuelve el ancho cielo,
Cuanto lleva la tierra en su gran vuelo,
Cuanto esconde el abismo mugidor.

Del mundo rey formó por fin al hombre,
Libre, feliz, inteligente y bello,
Y en lo hondo de su ser, con vivo sello,
La imagen estampó de su Creador.

Mas el Perfecto, el Infinito es uno:
El, do todo principia y se termina,
El solo al vago porvenir domina
Del centro de su inmoble Eternidad.

Ni al hombre, hijo de Dios, ni a ser alguno
Dar pudo Dios lo que es de Dios tan sólo:
¡En la mano abarcar, de polo a polo,
Del tiempo y la creación la inmensidad!

¡Sí, sólo Dios es Dios! mas, en su ciencia,
Sin igualar a sí su criatura,
Diole la libertad y ley segura
Para regir su propio corazón.

¡Oh sumos bienes: libertad, conciencia,
Por los cuales al hombre limitado,
No lo salva o condena el resultado,
Mas lo salva o condena la intención!

Esta la regla, la alta ley es ésta:

No conseguir el bien, sino buscarlo;
Que en buscarlo de veras, no en hallarlo,
El mérito consiste y la salud.

¡Oh! gloria a Aquél por quien la ley fue impuesta!
Que en esa ley que todo lo reparte
Cada cual se llevó la mejor parte:
Dios el poder, el hombre la virtud.

XI

¡La virtud! ¡la virtud! La fuerza santa
Que el alma embriaga de inefable gloria,
Cuando al vicio que aleve se levanta,
Callada arruina en interior victoria.

¡Ah! ¿qué importa el azar de lo futuro,
Que irrevocable sea lo pasado,
Si el corazón aún se conserva puro,
O está ya limpio el corazón manchado?

¡No, no mintáis, no blasfeméis, doctores,
Al Padre Universal representando
Nuestras obras, por gozos y dolores,
En balanzas finísimas pesando!

¡Mentís! no hay tal balanza en que se cuente
Momento por momento en nuestra vida:
Dios toma, cual existe, lo presente,
Y lo pasado y lo posible olvida.

La justicia de Dios es la de Cristo;
Cristo, que a la llorosa Magdalena
Sin hacer cuentas, perdonar fue visto
La larga vida de torpezas llena.

Cristo inocente que a un ladrón infame,
Por sus delitos en la cruz colgado,
Excita a que perdón al Padre clame,
Y al clamar por perdón es perdonado.

¡Cómo! ¿diréis que al niño moribundo,
Que del afecto maternal vivía,
Mas que si fuese conservado al mundo
Hubiera sido criminal un día,

A ese niño, diréis, Dios va a contarle
Cuantos delitos cometer pudiera,
Para con sus horrores compensarle
El candor de una infancia pasajera?

¿ O pensáis que al guerrero generoso
Que muere por su patria en la pelea,
Y gana con morir que más gravoso
Para su Patria el despotismo sea;

A ese mártir, el Ente Soberano
Pensáis le enrostrará su dura suerte,
El mal suceso de su esfuerzo vano,
Y las muertes venidas con su muerte?

Sólo el hombre, al juzgar, usa balanza:
Porque, desde el inglés al samoyedo,
La justicia del hombre es su venganza,
O su interés, o su flaqueza y miedo.

La sociedad, cuando a premiar se obliga,
Por cálculo tan sólo recompensa,
Y, cuando en nombre de la ley castiga,
Por prevención castiga y por defensa.

Sus esfuerzos no paga al ignorante,
Ni agradece del pobre el sacrificio;
Que no pide su amor al más amante,
Sino al más hábil su mejor servicio.

Del hombre-juez ante el mirar severo
En vano llora el criminal su crimen;
Su llanto, su pesar hondo y sincero
Del suplicio fatal no lo redimen.

Mas el Señor que de los hombres nada
Teme ni espera, y nada necesita,
Ni puede recelar ver asaltada
La roca inexpugnable donde habita,

Dios juzga al hombre en sí; y acoge al bueno
Sin interés, por solo amor benigno;
Y al malvado rechaza de su seno,
No por perjudicial, mas por indigno.

Si Dios nos pesa en eternal balanza,
¡Balanza singular es la del cielo,
Que al malhechor rendido abre esperanza,
Y al bueno deja en su dolor consuelo!

Y en vano acusa el resultado injusto,
O la vida anterior infunde espanto:
Siempre le vale su inocencia al justo,
Y al pecador arrepentido el llanto.

Ven ya, pues, de Cristo apóstol,
Y bendice nuestra unión;
Nuestra unión a que preside
Un ardiente y puro amor.

Hoy son puras nuestras almas,
¡Ay! quizá mañana no:
Mas el día que bendices
No es mañana sino hoy.

Hoy felices nos sentimos:
Quizá al fin entre su horror
Nos sorprenda el infortunio
Con su paso de ladrón;

Con los años quizá vengan
La frialdad y el desamor;
Quizá falta sobre falta
Nos lacere el corazón;

Quizá estos lazos tan dulces,
Tan dulces para los dos,
De escorpiones den al mundo
Infernal generación.

Llega, bendícenos siempre;
Que tú, ministro de Dios,
No el resultado bendices
Sino el acto y la intención.

Solamente te pedimos
Que a nuestro Juez y Hacedor
Por nosotros cada día
Alces también tu oración:

Que ruegues al Santo, al Fuerte,

Que débiles nos formó,
Nos socorra con su fuerza
Al venir la tentación;

Y, si por fin luchando sucumbimos,
Que por Cristo de todos Redentor,
Su amor devuelva a sus llorosos hijos
Cuando clamen al Padre por perdón.

1843-1846, agosto

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín,
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundía:
Inmenso, en torno dél, resplandecía
Un cielo de arrebol.

Del sol siguiendo la postrera huella,
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el oriente alguna y otra estrella
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, o voz, o movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento
Con plácida igualdad.

¡Oh! ¡yo me estremecí...! sí; de ventura

Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura,
¡En mis brazos vencida tu hermosura,
En mi pecho el amor!

Y, cual si alas súbito adquiriera,
O en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
Con un vuelo sin fin.

Buscando allá con incansable anhelo
Para ti, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo,
La eternidad de Dios.

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte
De nuestro amor el bien.

Y, en un raptó de gloria, de improvisó,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
Sea tuya allá y aquí.

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo que el amor formó
Traje contra mi pecho palpitante...
Y en tu faz una lágrima quemante
De mis ojos cayó.

¡Ay! despertaste... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar.

De entonces acá ¡oh, amante idolatrada,
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si a persuadirte voy no escuchas nada,
O de sollozos clamas sofocada:
¡Soy suya, y llora así!

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injuries de tu amigo el corazón;
¡Ay! ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aflicción.

El mundo, para mí de espinas lleno,
jamás me dio do reclinar mi sien;
Hoy, de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
Encerraba un edén.

¡Oh! La esposa que joven y lozana
Diez hijos a su esposo regaló,
Y que después viuda, enferma, anciana,
A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vio:

Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer,
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza a comprender:

Ella, pues, cuando a buenos y a malvados
Llame a juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver a tenerlos abrazados...
¡Oh! ¡de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
A la diestra de Dios la hará subir,
Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir.

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
Que el llanto de mi amor.

Julio 21, 1843

LA BUENA VIEJA

(Traducción literal de Béranger)

Al fin vieja serás, amada mía,
Y yo no aliviaré tu soledad;
Que el raudo tiempo a mí por cada día
Me cuenta dos de mi pasada edad.
Sobrevíveme, pues; mas invencible
Nunca al olvido mis lecciones des;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

Cuando la vista por tu faz rugosa
Busque la hermosa faz que me inspiró,
La juventud preguntará curiosa:
¿Quién, pues, fue aquél que amaste y que te amó?
De mi amor pinta entonces, si es posible,
El ardor, las sospechas, la embriaguez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

Dirante acaso: ¿supo ser amable?
-¡Yo lo amé! sin rubor responderás.
-¿De alguna infamia se mostró culpable?
Con orgullo respóndeles: ¡jamás!
¡Ah! di que fiel, de corazón sensible,
Con ternura un laúd pulsó tal vez:
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

¡Tú, que la Patria a amar tengo enseñada,
Di entonces a los hijos del honor,
Que en mi tierra oprimida y desgraciada
Yo canté la esperanza y el amor!
Recuérdales que el ábrego terrible
Secó de lauros nuestra inmensa mies;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

¡Oh amada mía! cuando el nombre vano
Que deje yo consuele tu dolor,
Y en mi retrato tu temblosa mano
Las primaveras ponga alguna flor:
Los ojos alza al círculo invisible

Donde habremos de unirnos otra vez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

Noviembre, 1839

ANIVERSARIO

(Del nacimiento de Delina y de nuestro matrimonio.)

¿Qué es vivir, qué es vivir sin ser dichoso?
¡Vale más un instante venturoso
Que siglos de dolor!
¡Sí; para un corazón sensible, amante,
Más que una vida pesa un solo instante
De ardiente, mutuo amor!

¡De mutuo amor! ¡oh! ¡de ese don del cielo
Que, pobre, en orfandad y desconsuelo
Llorando te pedí!
¡Y hoy...! ¿lo recuerdas? ¡ese sello ardiente
Que estampara el dolor sobre mi frente
Borrado fue por ti.

¡Hoy me hiciste feliz, Dios te bendiga!
¡No; Dios que es justo, oh, dulce y tierna amiga,
Te ha bendecido ya!
¡Ah! no esperes por hoy del vate el canto;
Que hoy solamente de su amor el llanto
Mi corazón te da.

Febrero 3, 1845

LA BENDICIÓN DEL FETO

(A mi primogénito, en el vientre de su madre)

¿Quién eres tú que habitas este seno,
Feto a quien yo de pasmo y gozo lleno,
Bajo mi mano siento remover?
¡Tú, que en una mujer ya tienes madre,
Tú, de quien ya, feliz, me llamo padre,

Sin poderte siquiera conocer!

¿De dónde vienes? ¿Sales de la nada...?
¿Hay *nada*, pues? ¿Hay cosa así llamada?
La nada es el no-ser; ¿Puede existir?
¿Puede ser fecundada? ¿Y un vacío
Inerte, mudo, tenebroso, frío,
Luz, mente, vida puede producir?

¿De dónde vienes? ¿cómo tu progreso
Maravilloso comenzó? ¿qué es eso
Que no era ayer y es hoy? ¿qué eras ayer?
¿Qué es empezar? -¡Crepúsculo sin nombre,
En que su débil vista cansa el hombre
Buscando el paso de la nada al ser!

¿Y a dónde vas? ¿Qué te reserva el mundo?
¡Ángel de luz! ¿tu espíritu fecundo
Explicará los cielos cual Newton?
¿O, demonio sangriento, por la tierra
El azote agitando de la guerra,
De América serás Napoleón?

¿Virgen de un ciego voto arrepentida,
Triste, en el claustro pasarás tu vida
Llorando sin cesar ante la cruz?
¿O por la libertad de un pueblo heroico
A un calabozo irás, mártir estoico,
Para morir sin sociedad ni luz?

¿O en una linda y patriarcal cabaña,
Construida a los pies de una montaña,
Al borde de un torrente bramador,
Con tus manos labrando un ancho huerto,
Sólo con tu familia y el desierto,
Te hará feliz un inocente amor?

¡Oh! ¡todo puede ser! ¡sin duda, todo!
¡Todo!. diamante puro, sucio lodo,
Una persona, dos, varón, mujer:
A tu madre o a mí más parecido...
¡Ay! ¡aún acaso sin haber vivido,
Informe monstruo, mueras al nacer!

¡Oh! ¡todo puede ser! Débil simiente,
En tu existencia actual, de Dios la mente

Prepara tu ignorado porvenir;
Tal como en ese vientre de antemano
La oscura cárcel preparó su mano
Do ignorado comienza tu existir.

Si de tu ser conciencia y voz tuvieras,
Yo te rogara, sí, que nos dijeras
Qué vida llevas encerrado ahí:
Tus lágrimas, tus risas, tus intentos
De escaparte, tus vagos pensamientos...
El hombre entero que germina en ti.

Tienes un alma ya? ¿O ese destello,
Que hace del hombre el ser aquí más bello,
Aún en su mano te lo guarda Dios?
O, así cual una sangre os alimenta
A tu madre y a ti, ¿su alma os alienta
Y divide su luz entre los dos?

-Así también en la paterna tumba,
Que al golpe de mi pie sorda retumba,
De mi amigo infeliz que tanto amé,
Al sagrado cadáver misterioso,
Mil veces yo, con grito doloroso,
Cuál es hoy su existencia pregunté.

Le pregunté si querubín alado,
De los más puros ángeles al lado,
Una lira pulsaba celestial;
Si de la nada estaba en el abismo;
O estúpido, ignorándose a sí mismo,
Cual un ojo del Ser universal.

Mas ¡ay! ni de mi padre el esqueleto,
Ni de mi hijo el invisible feto,
Otra respuesta dan a mi clamor,
Debajo de mi planta o de mi mano,
Que de la tumba el eco sordo y vano,
O de este seno el místico temblor.

¡No! lo que un vientre o una tumba esconde
A la voz de los vivos no responde;
A otra cosa debemos preguntar
De un corazón amante a la esperanza,
Que sólo un corazón que espera, alcanza
El tremendo misterio a penetrar.

-¡Oh! ¡yo, que vives, padre, espero y creo!

Con mi esperanza y con mi fe te veo
Ensalzando la gloria del que es.
No aniquilado en sueño eterno y vano,
No gota absorta en lóbrego oceano,
Sino distinto, en éxtasi a sus pies.

¡Oh! ¡padre mío, de mi infancia amigo!
Que al fin también me reuniré contigo
Espero en la clemencia divinal;
Si alguna culpa expías entretanto,
Hoy, de rodillas, de mi lira al canto,
Por ti se eleva mi oración filial.

¡Y tú, pequeño ser desconocido,
Tú, dulce primogénito querido,
Tú, dulce prenda de mi dulce amor!
¡Oh! ¡cualquiera que aquí fuere tu suerte,
Que hayas de padecer hasta tu muerte,
O que te aguarde el porvenir mejor;

Que hayas de ser de tu nación la gloria,
O que muera contigo tu memoria,
Cual muere en el desierto el aquilón...
¡De tu madre en el vientre, desde ahora,
En el nombre del Dios que mi alma adora,
Recibe mi paterna bendición!

Julio 29, 1843

EL BAUTISMO

(A mi segundo hijo recién nacido.)

I

Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre.

Los hombres que esas aguas recibieron
Con su espíritu y brazo subyugaron

La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el Genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y a los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del oceano.

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Creador engalanó a Natura,
Obligan a vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño...
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño!

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo:
"Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo".

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta a Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para el bien crecieres,
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres).

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entonces por ti mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

¡Si! do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo a moderadas leyes
Que formaron senados populares,
Y que obligan a súbditos y a reyes:

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y a la mujer como a su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada:

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz a los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De oscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas:

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver y hablar al mudo:

Do vieres protegido al inocente,
Castigado el perverso con cariño,
Respetado el anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose a sí mismo

Vieres al hombre amar a sus hermanos,
Podrás clamar: "¡Honor al cristianismo,
Que estos no pueden ser sino cristianos!"

III

¡Esos serán cristianos! herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar *Hijo del Hombre*;

De Aquél que en un establo fue nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin cual un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dio tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo verbo empero más fecundo
Fue que el cetro y la espada de los reyes:
¡Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!

A UN TIRANO (Fragmento)

Te falta ¡desdichado! inteligencia;
Te falta el santo amor de la verdad;
Te falta serio estudio, noble ciencia;
Te falta al alma rígida conciencia,
Al corazón bondad.

Tienes las prendas todas de un tirano:
Venganza, envidia, vanidad, doblez.
Eres falso y crüel, porque eres vano.
Aun del orgullo, en su ilusión ufano,
Te falta la altivez.

No tienes ilusión sino despecho,
Despecho rencoroso y sin placer;

¡Y es tan brutal tu escarnio del derecho
Que por disculpa da del mal que ha hecho
El que dejó de hacer!

¡Oh! ¡casi el vengador pincel me ataja
El rubor, al pintar tu indignidad.
Y a criatura como tú tan baja,
La libertad, su más preciosa alhaja,
Fio la humanidad!

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO

Oda en conmemoración del día 7 de marzo de 1849, en que el general José Hilario López fue proclamado presidente de la Nueva Granada, a virtud de la violencia que una turba armada practicó sobre el Congreso, dedicada a la juventud republicana de la Nueva Granada.

What insanity was it to expect that such men were to work out the emancipation of their race! that in such hands the hopes and dearest rights of humanity were secure! Liberty was tainted by their touch, polluted by their breath, and yet we trusted that it was to rise in health and glory from their embrace!

--Dr. Channing.

¡O homines ad servitutem nati!

(Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los senadores romanos).

I

¡Oh, López! sal, pregunta por la tierra
¿Cuál es más vil y odioso de los dos
El salteador que al monte se destierra
Y hace a los hombres sin disfraz la guerra,
Mofándose de Dios;

II

¿O el fariseo infame que de hinojos
Ora contrito al pie del sacro altar,
Y va, con dulce voz y dulces ojos,
Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita a usurpar?

III

¡Oh! ¡siglos ha que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo a ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira a su especie cual servil ganado
Nacido a obedecer;

IV

Que al demagogo que en traidor arcano
Celandó su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano,
Sube al poder, y ejerce a salva mano
Rapiña y proscripción.

V

Que esa ambiciosa inquieta hipocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, libertad.

VI

¡Oh libertad! ¡tres veces santo nombre!
¡Del alma la más bella aspiración!
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII

¡Oh libertad! yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al son de mi laúd;
Que desde niño amaba en ti mi mente
El bien mayor que dio a la humana gente
El Dios de la virtud.

VIII

Con la virtud en mí te confundías,
Con la justicia, con la dulce paz:
Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz.

IX

A amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien:
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el edén.

X

Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
¡Y sólo por sus obras desiguales!
¡Como lo son sus almas inmortales
Delante del Señor!

XI

Todos seguros en los varios modos
Con que a su bien, sin daño ajeno, van,
Si, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Que orgullo y odio dan.

El justo, blanco o negro, hermoso o feo,
Estrecho u opulento en su vivir,
Inglés o chino, jesuita, hebreo...
Y aun el cegado, inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir.

XIII

Y el malo sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho, por lo que es, ¡jamás!
¡Y herido sin rigor! ¡y garantido

Contra su mismo juez! ¡juez sometido
A un juez mayor detrás!

XIV

El hombre, nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey,
El fin del hombre el fin de Dios llenando,
La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley.

XV

¡Eso es la libertad! ¡la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad!
¡La que en la tierra de Franklin he visto!
¡La que me ofrece en sus promesas Cristo!
¡Esa es la libertad!

XVI

Y esa la misma que en la patria mía
Joven sus fuerzas ensayando vi...
Hasta que, ¡oh López! ¡en aciago día
La hirió con su puñal la turba impía
Que te aclamaba a ti!

XVII

¿ A ti?... ¡no sólo a ti! No le bastaba
Tu indignidad a su nefando amor.
¡Ah! ¡más que indignidad necesitaba!
¡A tu infernal amigo proclamaba!
¡De Sucre al matador!

XVIII

Yo los oí... cuando su puño armado
Del hierro vil salían en tropel,
Del templo, donde habían ya violado
La majestad inerme del senado

En nombre tuyo y de él.

XIX

Yo los oí... Su canto de victoria
Viene a amargar mi triste proscripción.
Cual eco del abismo, esa memoria;
Atravesando nuestra negra historia
Será nuestro baldón.

XX

El nuestro... ¡Sí! ¡de todos! Cada uno
A la obra de tinieblas ayudó:
¡Cuál débil, cuál traidor, digno ninguno!
¡Ni el cuerpo que a la paz, sin fruto alguno,
Su honor sacrificó!

XXI

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
- Los hombres del congreso granadino
Besáronle la mano al asesino
A trueque de vivir.

XXII

Hoy viven... ¿Cómo? Pudo su bajeza
Quizá esperar de gratitud el don...
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya a demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón.

XXIII

Hoy viven... Como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fue gallo;
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey.

XXIV

¡Son todo, menos hombres!
- ¡Han perdido Lo que da al hombre ser-su dignidad!
Que a la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad.

XV

¡Oh! más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al dictador:
Y hoy, de extranjero sol a los destellos
La patria lloran y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor.

XXVI

O amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heroico anhelo
Su libre corazón.

XXVII

¡Esfuerzo generoso, mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal.

XXVIII

¡Ah, sí! ¡de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir.
¡Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fue forjada,
El malo al justo herir!

XXIX

Puedes contarlo tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal...
Y hoy comes del destierro el pan conmigo...
Que, por reparación, ¡nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX

Podéis hablar, vosotros, asimismo,
Humildes misioneros de la cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz.

XXXI

¡El mismo espectro horrendo resucita!
¡La misma escena! ¡el mismo ardor feroz,
Que entre la noche a la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
A la piedad su voz!

XXXII

¡Y, al son de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les preparó el botín!

XXXIII

Del oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan a la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aún obre
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la verdad.

XXXIV

¡Del orden inversión abominable)
¡Por guardia de la hacienda el más ladrón!
¡Por juez de la inocencia el más culpable!
¡Por paz la esclavitud! ¡por ley el sable!
¡La fuerza por razón!

XXXV

¡Eso es el socialismo! ¡El socialismo
Que, su fealdad queriendo disfrazar,
El, hijo de ambición y de ateísmo,
De libertad se atreve y cristianismo
La estirpe a reclamar!

XXXVI

¡Ese es el socialismo! ¡Hoy atavía
Con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día;
Su nombre dice más que tiranía;
Su nombre es *el terror!*

XXXVII

¡Modelos de virtud y de hermosura:
Madres cristianas, prez de Bogotá!
¡Llorad! De vuestro llanto la amargura
Cuál es la libertad nos asegura
Que el socialismo da.

XXXVIII

¡Llorad! en vuestras lágrimas espera
Con fe mi desolado corazón:
Ellas, en esta degradada era,
De libertad futura y verdadera
La noble prenda son.

XXXIX

Que la mirada húmida que lanza
Al cielo la virtud de una mujer,
Es tan sublime que a expiar alcanza
La paz del vil, del malo la venganza,
Ante el Supremo Ser.

XL

Mas Dios es justo. La nación suicida
Podrá regenerarse y ser feliz...
Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz.

Nueva York, 7 de marzo de 1851

LARA O LOS BUCANEROS

En la edición de Madrid (Imprenta y Fundición de M. Tello, 1885, *Poesías* de José Eusebio Caro) aparece escrito lo siguiente:

Escribió Caro el poema Lara en los años de 1834 -1835. Tan poco aprecio debió de hacer de este trabajo suyo, que ni de coleccionarlo cuidó, ni siquiera de conservarlo. Por este motivo no faltará acaso quien juzgue que más valiera no publicar los fragmentos que de el han podido recogerse; pero habiendo visto ya la luz el Canto I en 1857, lo mejor ahora será indicar el argumento, hasta hoy ignorado, de este ensayo *juvenil*, apuntando juntamente las circunstancias que han de granjearle indulgente acogida.

Véase en resumen, el plan de esta composición, trazado en 1834:

I

EL JURAMENTO

Lara, fiero y sombrío pirata, revela a su hermano Alonso, tierno y generoso mancebo, el nombre del matador de su padre. Oblígale a conjurarse en los proyectos que medita para tomar venganza de Mendoza (o Laso), Gobernador de la isla de...

II

EL ASALTO

Lara y Alonso se dan a la vela. Lara asalta la plaza fuerte que guarecía al Gobernador. Huye éste, o finge huir. Síguele Lara por falsas señas, y le busca en un vasto subterráneo. Rehace el Gobernador sus fuerzas y destroza a los filibusteros.

III

LA TEMPESTAD

Alonso había desembarcado en la isla por otra parte. Padece recia tormenta que dispersa sus tropas. Tratando de hallar abrigo: confiase a un pastor viejo, que buscaba a un hijo suyo arrebatado por la tempestad. - Episodio sobre la vida campestre -. Entra por una selva, y penetrando en una cueva llega a los mismos secretos ámbitos a donde se encaminó Lara. Descripción de aquel subterráneo.

IV

LA VENGANZA

Lara siente por allí pisadas; persigue, hiere al que parece huir, a tiempo que el Gobernador, que viene en demanda del pirata, entra en la inmensa gruta con hombres armados y provistos de antorchas. Figúrase Lara haber oído en el estertor de un moribundo la voz de Alonso; reconoce el cadáver de su infeliz hermano. Desesperado, revuélvese contra el Gobernador, y acierta a darle la muerte. Cercado de enemigos, cae de rodillas, saca una daga y traspásase el corazón, clamando:

“Muero dichoso, pues vengado muero.”

Fuera de los personajes dichos, figuraban otros secundarios en el poema.

CANTO I

El Juramento

Ya en ocio vil, en blanda paz yacían
Los piratas de América afamados;
Y allá en Tortuga reforzar hacían
Los duros miembros de vencer cansados;
Y el hispano orgulloso
Creyóse salvo; y de soberbia lleno,

Del piélago espacioso
Surcó triunfante el solitario seno...
¡Calma mentida, pérfido reposo,
Como el silencio precursor del trueno!

¡Sí, sí! rugiendo de furor temblando,
La tierra con las garras escarbando,
El ibero león, desde su gruta,
Pronto del mar a los feroces hijos
Levantarse verá: verá de escombros
Y de hermosas cenizas circundado
A Lara: lo verá terrible y fiero,
Fulminando en la diestra el crudo acero,
A su patria mover horrible guerra,
Llevar la muerte a sus paternos lares,
De tibia sangre enrojecer los mares,
Ruinar los pueblos, espantar la tierra.

Lo verá; y entre tanto
Que las locas ciudades
La risa truequen en acerbo llanto,
La muchedumbre bárbara se entrega
A belicosos juegos y ejercicios
Con profundo clamor que al cielo llega;
Y de la tierra, al imprimir la planta,
Hacen temblar los inmortales quicios.
¿Los veis? Los unos a la ardiente arena
En inmenso tropel se precipitan;

El ronco estruendo con que el aire agitan
Del horizonte en el confín resuena:
Lanzan al mar las nítidas piraguas;
Suben en ellas con veloce salto;
Y discurriendo por el ponto alto,
Las redes sueltan a las turbias aguas.
Ved de fusil armados a los otros,
Por el llano vagar y bosque umbrío;
Salvar el hondo río,
El rápido torrente;
Y a la corza inocente
Dar cruda muerte con placer impío.

Cuál la espalda oprimiendo
Del bridón impaciente,
Empuña la azagaya;
Y rápida vibrándola en los aires,

Persigue al jabalí por monte y playa:
Cuál con tenaz porfía
Aguza el hierro insano
Aún tinto en sangre del valiente hispano.

¿Mas quién aquel que en el semblante bello,
Bajo un toldo de frescos naranjales,
Muestra esculpido en rasgos celestiales
De vida, amor y juventud el sello?
¿Quién es? ¿quién es? El Angel de la risa
Mora en sus labios: en su seno blando
La sacra antorcha sumergió natura;
Y en fúlgido destello
Desde el cielo bajando,
Cual amorosa madre,
En la frente lo besa la hermosura.

¡Mísero Alonso! La fatal cuchilla,
Pendiente de un cabello,
¿No miras, no, que con agudo filo
Amenaza segar tu tierno cuello?
¿La ves, la ves que por los aires brilla?
¡Ay! sereno, tranquilo,
No el fiero amago esquiva, y se abandona
A su inocencia, cual seguro asilo.

Vedlo, vedlo a las cándidas palomas
Tender ocultas ligas: arrastradas
Por el cebo engañoso,
Incautas de una en una van cayendo
En el lazo nudoso;
Mientras burlón, con juego malicioso,
Alonso ríe su desgracia viendo.

En tanto el sol en los inmensos mares
Lentamente su disco sepultaba;
Y de las altas palmas y olivares
Sobre las verdes frentes
Su prolongado rayo reclinaba.
Los gruesos torreones,
Las cúpulas, y almenas
Del castillo lejano, al esconderse,
Con apagada luz doraba apenas.

Húndese al fin tras las remotas aguas;
Callan los vientos; fúnebres alfombras

Cubren el suelo; y ya de las piraguas
6 El canto, que a lo lejos se retira,
No se oye casi, y piérdese en las sombras.
Tras los opuestos montes su diadema
La luna paso a paso descubría,
Y su fulgor por los callados bosques
Melancólica y pálida extendía:
Así se ve tal vez en las tinieblas
Lámpara sepulcral, iluminando
De los difuntos la mansión sombría.

Auméntase el horror: de cuando en cuando
Brilla fugaz relámpago a lo lejos;
Crece el silencio; y de las roncadas ondas
Sólo el rumor Alonso está escuchando.
Del seno de las selvas despedido
De improviso su oído
Un alto grito, un grito horrible hiere:
Alonso se estremece; pavorosas
Fíjanse sus miradas vagarosas;
Y entre sus labios todo acento muere.
Detiene el respirar... atento escucha...
Mas nada se oye: el lóbrego silencio
Su horror de nuevo extiende tremebundo;
Todo en letargo está; todo en reposo;
Y la mano del sueño ponderoso
Pesa ya sobre el mundo.

No de otra suerte, en tempestad nocturna,
Cuando a los hombres turba en sus hogares
Del ronco bronce el lúgubre retumbo,
Que se prolonga en medio de los mares,
Un pueblo entero a la desierta playa
Espavorido agólpase a torrentes;
Oyense entre las sombras sus pisadas
Ir y venir, cruzarse y confundirse;
Todos hablan, y míranse bullirse,
Meciéndose en inmensas oleadas.

Mudo el cañón está... ya de la nave
Ni aun las trémulas lámparas relumbran...
El trueno sólo por las nubes rueda,
Los rayos sólo el Oceano alumbran...
Súbito un grito encima de las ondas
Levántase a los lejos, y en las aguas
A sepultarse torna... La tormenta

Las alas pliega; de la blanda aurora
La luz de rosa ya los cielos dora;
Y del viejo Oceano
Ya apenas zumba en el confín profundo
La sorda voz del huracán lejano.

Así, cual ese grito postrimero
Del náufrago, aquel grito
Que Alonso oyó, con son tremendo y fiero
Vaga de circuito en circuito:
Y calla; calla el eco; triste el bosque
Sobre su frente las espesas ramas
De horror eriza; y con oscura mano
La noche oculta sus celestes llamas.

Trémulo de pavor, desatentado,
Mueve Alonso por fin la planta incierta;
La espalda vuelve a la ribera muerta;
Y aléjase del mar alborotado.
Por la usada vereda, que en el bosque
Penetra serpeando, raudo y suelto
Corre el mancebo; de terror envuelto
Se precipita hacia el castillo; el rostro
Contino vuelve atrás: del viento manso
El sesgo son; sus silbos, sus suspiros,
Que huyendo van, o con pacibles giros
Por la profunda selva se adelantan,
Del tierno mozo el corazón espantan.

De improviso en su rápida carrera
Suspéndese, vacila, y al fin cae;
Cae ... y la luna descorriendo el velo
De opacas nubes que su faz cubría,
Entre la ciega noche
Descúbrese en el cielo;
Y pálida, sangrienta
Reluce apenas por la tierra fría.

Ve Alonso por el suelo
Yacer tendido un cuerpo inanimado;
Y al tremendo espectáculo horroroso,
Tiembla, pierde el color el rostro hermoso,
Y por las venas siente un mortal hielo.
Lara... su hermano... su querido hermano...
¡El es, el es!... el mismo rostro fiero,
Amenazante... la robusta mano

Empuña aún el formidable acero...

Herido el pecho de dolor insano,
"¡Lara, querido Lara!" Alonso exclama,
"¿Callas? ¿No me respondes?...
¡Es tu hermano, es Alonso quien te llama!"
Así llorando clama;
Y solamente los lejanos ecos,
De los cóncavos montes
Repiten ¡Lara! en los profundos huecos.

¿Qué liará en tan duro caso?
¿Dejará el cuerpo fraternal tendido
En la desnuda arena?...
¿Demandará favor? ¿Y a quién?... El bosque
Ya confuso resuena
Del inhumano tigre al sordo paso...

Resuélvese por último: vertiendo
Largo llanto, reclina
Sobre los flacos hombros
El grave peso que su cuello inclina:
Parte al fin paso a paso; y el castillo,
Que como negro punto se levanta
Del monte en la alta cumbre,
De Alonso guía la agobiada planta.

Tal suele el árbol funeral, alzando
Entre las tumbas la verdosa frente,
Indicar del sepulcro venerando
La oscura senda al huérfano inocente,
Que en desamparo y triste desconsuelo,
Desechado de todos en la tierra,
Viene a llorar sobre el humilde suelo
Que la ceniza paternal encierra.

Así subiendo con la inmensa carga
Alonso va por el sendero arduo;
Con recio nudo la mortal congoja
Dentro del pecho el respirar le embarga:
De sudor frío hasta los pies bañado,
Del suelo apenas alza las rodillas;
Y ya rendido al peso, extenuado,
Los ojos cierra, de agonía gime,
Abre los brazos, por la tierra cae;
Y de Alonso ¡ay! el rostro delicado

Contra las piedras un hermano oprime.

Así el divino Ganges ve en su orilla
A la gran fiera semejante a un monte
Luchar con el feroz rinoceronte:
El animal del asta retorcida
Arrójase furioso a su enemigo,
Bajo el se pone, la cerviz abaja,
Y alzándose con ímpetu del suelo,
Abre su vientre, arráncale la vida,
Y ufano ya de la victoria habida,
Sobre su frente lo levanta al cielo.

Tremendo muge el monstruo traspasado,
En los aires suspenso: en breve, en breve
Lanza el postrer bramido prolongado,
Con que el eco a lo lejos se conmueve:
La sangre a mares llueve,
Con las ondas se mezcla, el suelo riega;
Y al matador, que en vano se remueve,
Inunda la cerviz, los ojos ciega.

La luz súbito escápase de ellos,
Cual ráfaga vivísima: la carga
Aun sobre el cuello pertinaz sustenta;
Mas ya la muerte, silenciosa y lenta,
Adelántase, llega, extiende el brazo,
Tócalo; y confundido,
Rodando se derrumba
El vencedor debajo del vencido.
Al golpe el monte cóncavo retumba;
Gime el valle profundo, el bosque umbrío;
Y lejos de su orilla profanada,
Huye veloz el espantado río.

Así Lara y Alonso se desploman:
Y la luna su carro arrebatando
Del cielo en las inmensas soledades
Íbase en occidente sepultando;
Cuando el Arcángel que la lumbré guía,
Con la diestra de rosas salpicada,
Sobre el monte de oriente levantada,
El estandarte tremoló del día;
Y la siniestra en el abismo hundiendo
De el al sol arrancaba,
Que de luz entre un piélagos saliendo,

Al gran ojo de Dios se asemejaba.

El astro, padre de los nobles Incas,
Torrentes de esplendor ya al mundo lanza;
Contino va subiendo,
Contino va su disco reduciendo,
Y a la mitad del firmamento alcanza.
Allí el gigante el ímpetu suspende
Con que discurre su triunfal carrera;
Allí los brazos por el cielo extiende,
Cual si el espacio mensurar quisiera;
Allí los pies de oro separados,
Sumerge el uno entre las ondas bellas;
Las selvas y los montes apartados
Sienten del otro las ardientes huellas.

Las siente Alonso en su estupor profundo;
Su alma influjo recibe;
Y de nuevo a la luz, de nuevo al mundo
Poco a poco revive.
Abre el cansado párpado, y en torno
Los tristes ojos rueda,
Sin que los sitios donde está tendido
Reconocer aún pueda.

Alzase en pie, contempla el sol, los cielos;
Y cual un sueño pérfido y mentido,
Recuerda al fin el espantoso caso;
Mas aun el cuello siente dolorido,
Aun de fatiga está cansado y laso:
No es sueño, no; que apenas mover puede
El vacilante, mal seguro paso.

Lanzando entonces del sensible pecho
Un profundo gemido,
¿Es cierto? exclama: y vuélvese a su hermano,
A su hermano querido,
Creyendo que a su lado le encontrara;
Mas el tremendo Lara
Ha desaparecido ... Atónito, pasmado
El mísero mancebo Siéntase sobre el tronco
De un árbol, bajo el hacha derribado;
Y en su angustiada mente
Mil confusos presagios entreviendo,
Con la sien en la mano reclinada,
La faz mostraba en lágrimas bañada.

Mas indignado alzándose de pronto:
"Es cierto, es cierto, sí; lo dudo en vano.
¡Cuándo pensara al trasponer los mares;
Al arrostrar por él la misma muerte;
Y por unir la suya con mi suerte,
Abandonaba los paternos lares!
¡Cuándo pensara que en la noche expuesto
A las fieras aquí me dejaría;
Y que un hermano... el... Lara... pudiera
Así mi amor recompensar un día!
¡Mas no escucharlo de mi boca esperes;
Yo el labio sellaré; yo de tu injusta
Ingratitud me quejaré tan solo
Cuando la vida despedir me vieres!"

Dice, y con ademán triste, abatido,
De la montaña a la cimera sube.
Del lóbrego castillo
Halla las anchas puertas
De par en par abiertas;
Silencio, soledad majestuosa
Reinan en la morada pavorosa;
Y las oscuras, cóncavas techumbres,
De maderos fortísimos trabadas,
Sordas retumban con rumor confuso
Al escuchar de Alonso las pisadas.

Mas al cruzar las salas dilatadas,
Un débil resplandor, allá en lü hondo
Del tenebroso fondo,
Divisa apenas; duda, se detiene;
Lo mira otra vez y otra; se adelanta
Al fin con lento paso y quieta planta,
A la cerrada misteriosa puerta
Do brillar ve la claridad incierta;
Y contra las angostas aberturas
Los inmóviles ojos allegando,
De asombro y terror lleno.
Alcanza a ver al formidable Lara
De aquella estancia en el profundo seno.
Una pálida lámpara ilumina
Con luz de sangre los opacos muros;
Sobre un ara enlutada
Con un fúnebre velo.
Uná urna de plata está asentada;

Y encima, atravesada,
Del hermano de Alonso
Brillar se mira la fulgente espada.

Y sobre aquel acero,
Ante el cual tantas veces se postraron
Las largas crines del león ibero,
Extendida la diestra formidable,
Lara así grita con acento fiero:
"¡Lo juro, caro padre, sí, lo juro!
Y si tu sombra cárdena se lanza
Desde los senos del sepulcro obscuro
Al triste mundo a demandar venganza;
Si del horror armado de la noche,
Al hijo espantas que por ti suspira,
Y vienes a ordenarme tremebundo
Blandir el hierro, y descargar la ira;
No en vano será, no: yo el crudo brazo,
Cubierto con tu amparo y patrocinio,
Fulminaré; yo al matador infame
¡Juro llevar la muerte y exterminio!"

Clamaba insano; y al fulgor de muerte
Que la lámpara triste despedía,
La negra sombra del feroz pirata
Escondida en el muro se veía;
Cual si viniese al lúgubre aposento,
Evocada del hondo del abismo,
A escuchar el tremendo juramento.
Mas calla el adalid; súbito apaga
La antorcha funeral; lóbregas nieblas
El ara aprietan; y la gran fantasma
Huye de pronto al reino de tinieblas.

¿Y Alonso, Alonso?... De pavor cubierto,
Lejos también huyó: confuso, incierto,
Patios, salas, desiertas galerías,
Cruzó veloz; y de fatiga lleno
Divisó al fin la puerta de su estancia;
Lanzóse a ella, y se encerró en su seno:
Allí, ya más tranquilo respirando,
Volver sentía el fatigado aliento;
Y de un recuerdo en otro repasando,
Correr dejaba el ágil pensamiento:
Aún a su hermano exánime creía
Ante sus ojos ver; aún en su mente,

Cual un continuo retintín, de Lara
El hondo acento resonando oía.

Mas si adelante penetrar osaba
En aquel laberinto de misterios,
Confusa su razón se extraviaba.
¿ Por qué yacer en medio de las selvas
Inanimado Lara? ¿ Y el acero
Por qué en su fuerte mano? ¿Por ventura
Un cobarde enemigo?... ¡No! Sin sangre
Su espada se encontraba y vestidura.
¿Y aquel negro aposento?
¿Y aquella triste ara?
Y aquel gran juramento,
Que cual la hórrida voz del terremoto,
Tronó en los labios del insano Lara?

Todo es misterio y confusión: de Alonso
En esa estancia pavorosa, nunca
La planta penetró; jamás los goznes
De sus fuertes quiciales
Oyó sonar: el polvo de los años
Cumulábase intacto en sus umbrales...
¡Borrarlo sólo por jurar venganza!...

¡Venganza!... ¿Mas de quién?... El parricida
Que de Alonso y su hermano
Hizo por siempre huérfana la vida;
El que en profundo, impenetrable arcano
Sepultando su nombre de delito,
Supo escapar de la terrible mano
Del fiero Lara; ¿por acaso ahora
Se habrá dejado conocer? ¿Y cómo
Lara podido descubrir había
El nombre vil?... Alonso lo ignoraba;
Y mientras más en ello meditaba,
Más y más su razón se obscurecía.

Tormentábale aún, cuando improviso
La cerviz alza, el respirar detiene,
Quédase inmóvil... Un rumor confuso
Oye de lejos, a su estancia viene;
Ya de instante en instante
Creciendo va; como el fatal rüido
Que hace temblar al indio pavorido,
Cuando en el fondo de las selvas hoscas,

La horrísona serpiente
Por tierra arrastra sus horrendas roscas.

Tal se oye por la larga galería
Que de la estancia con el muro corre
Aproximarse aquel rumor... son pasos...
Sordos se acercan... con violento empuje
De súbito la puerta sacudida,
Triste rechina, y estridente cruje.
Lánzase Alonso, y ábrela... Por ella
El pie de un hombre arrójase adelante:
¡Lara!... En el quicio al estampar su huella,
Sube al dintel su frente de gigante.

¿Callas, Alonso, callas? ¿Te suspendes?
¿Ves acaso un espectro? ¿No es tu hermano?
¿No es Lara?... ¡No! con espantoso brillo,
Entre los ojos del feroz caudillo
De los hijos del mar, pálida llama
Relumbra sin parar, cual las inquietas
Lenguas de fuego, que en la ciega noche
La eternidad sobre el sepulcro inflama:
De su ancha frente contra el punto mismo
Sus borrascosas cejas
Bajan rodando y cierranse, cual suelen
Las tenebrosas puertas del abismo:
Cual la comba del lóbrego oceano,
Hínchase y mengua su espacioso seno,
Dentro rodando con rumor de trueno
En remolino un borbollar lejano;
Tal en los pueblos sublevados brama
El eco sordo; tal, entre los troncos
De los espesos árboles, retumba
El estruendo del ronco Tequendama.

"¡Lara!... ¡Cielos, guíe horror!" Alonso grita,
Fijos en el los ojos espantados,
Trémulo ya, y en palidez marchita
Los bellos labios y la faz bañados.
"¡Tiemblas!... exclama con feroz acento
Y sonrisa de muerte el fiero hermano;
"¡No tiembles! ¡Mira!" - Y la cabeza alzaba
De un esqueleto su tremenda mano.
Y Alonso inmóvil, mudo continuaba...
-"Entiendo... ¿Y qué, no la conoces hora!
¡No la conoces! ¡A esta misma hora

Tu boca en ella un tiempo se estampaba!

ALONSO

- ¡Yo!...

LARA

- Tú.

ALONSO

- ¿Pues quién?...

LARA

- Sabraslo.

ALONSO

- ¿Cuándo?

LARA

- Al punto.

¡En este instante!

ALONSO

- Di: ya te oigo.

LARA

No mucho aguardarás".

- Espera;

- Y el grave hierro

Desnudando, con ímpetu lo clava
De punta en tierra; y en la cruz de oro
La amarilla cerviz enreda y traba.
Viose un instante el hórrido trofeo,
Vibrando, estremeciéndose, en el aire
Destemplado sonar cual roto casco,
Con estrépito y tétrico traqueo.
Al triste son, su cabellera Alonso
Erizarse sintió... turbión obscuro
Sus ojos ofuscar... tendió las manos,
Y andando a tuestas se apoyó en el muro.

Como entre un sueño, lejos escuchaba
La voz de Lara: "¿No lo ves? Alonso,
¿No lo ves? ¿No lo ves? ¡Míralo, y jura,
Jura vengarlo!"

- Y por el brazo asiendo
Al atónito hermano, hacia la espada
Lo arrastra, y grita con bramar tremendo:
- "¡ Júralo!

ALONSO
- ¿Qué?

LARA
- ¡Vengarlo!

ALONSO
- ¿A quién?...

LARA
- ¿Acaso
No lo escuchaste ya?... Jura a tu padre
Vengar ...

ALONSO
- ¡Mi padre!...

LARA
-Si.

ALONSO
- ¿De quién?

LARA
-De Laso.

ALONSO
-¡Laso! ¿Y Laso quién es?...

LARA
-Su parricida.

ALONSO
-¿Y cómo, do supiste?...

LARA
- ¡Ten el labio!...
- ¡Tú!... ¡saberlo!... ¡jamás!...

ALONSO
-¿No?

LARA

- ¡Nunca! ¡nadie!...

ALONSO

- ¿Y puedo?...

LARA

- ¡Jura!

ALONSO

-No: si yo venganza,
Y sangre, y odio eterno, y muerte juro
A un inocente acaso; si mi lanza
Debe su pecho abrir; antes seguro
Yo de ti quiero estar; antes ...

LARA

- ¡No, nunca

Lo sabrás! Jura... ¿Qué aprovecha?... Vano
Todo, todo será... jura..."

- Y Alonso

Aún se negaba al juramento insano...
Su disco el sol en occidente hundía;
Y por la reja que a los mares daba
Su tibio soplo entraba
Y en el opuesto muro se encendía:
A su sangrienta lumbre, las heladas
Cuencas profundas de la muerte Alonso
Ve que se animan; y hórridas ardiendo,
Clavan en él sus pálidas miradas.
Temblando, inquieto, acongojado, el joven
Llamar quisiera a Lara,
Apretarse con él, salir huyendo...
Empero nada del prodigio horrendo
Osa decirle, y calla ...
Mas la ira
sobre el feroz pirata
Ya en los aires estira
Su grave azote; agítalo; y de pronto
Con ímpetu furioso lo desata.
Al duro golpe que en su espalda hiere,
Tremendo brama el hórrido gigante;
Muerde sus labios; y con voz tonante
"¡Jura ya!" grita: ¡jura!... "¡El sol ya muere!

ALONSO

-No; yo no juro...

- "¡Jurarás!", retumba

Tras el mancebo con profundo acento

Una voz sorda, cual nocturno viento,

O como el eco de la opaca tumba.

Vuelve la vista Alonso; y con espanto

A lo largo del muro

Alcanza a ver pasar el negro manto

De un hombre que perdióse entre lo obscuro...

Trémulo el joven corre impetuoso

A Lara; de él se prende,

Con él se abraza; estréchalo, y ni un punto

Del brazo de su hermano se desprende.

Mas ya detrás el "¡jura!" pavoroso

Otra vez se oye...

ALONSO

- "Lara... sí lo juro..."

LARA

- Aquí... sí; de su espada

Sobre la cruz... aqu ... sobre los huesos

De su propia cabeza... ¡que vengada

Será su muerte!

ALONSO

- Júrolo.

LARA

- "¡Y eterna

Venganza... yo contigo!"

-Dice; envuelve

En un mortuorio velo

La espantosa cerviz; del duro suelo

La espada arranca; y con pausada mano Hundiéndola en la vaina,

Grave se aleja del confuso hermano.

1834

CANTO II

La Tempestad

(Fragmento del canto segundo)

¿Por qué del sol radiante
De súbito entre nubes tenebrosas
Ocúltase el semblante?
Así al astro yo he visto en occidente
Su disco de oro rápido volteando
Por el espacio vago y reluciente
Y su faz sepultando
En el confín remoto lentamente;
Hasta que al fin a un punto reducido
Se hunde veloz tras la gloriosa cima
Que a lo lejos, de nieve circuido,
En el diáfano azul yergue el Tolima.
Y la tersa laguna
Que con las nubes confundida casi,
Del horizonte el límite cerraba
Y los haces de luz reverberaba,
De pronto obscurece
Y entre el silencio de la sombra oscura
El último fulgor desaparece.

*¿Mas en el alto cielo,
Cuando aún no completó su combo vuelo,
Por qué sorprende al sol noche importuna?
Con alas pavorosas
La horrible oscuridad se extiende, crece,
Y el mundo entre tinieblas espantosas
Al primitivo horror volver parece.*

¡Oh, cuál silbando por el bosque umbroso
El huracán con ímpetu tremendo
Hojas y troncos recio sacudiendo
La tierra barre rápido y ruidoso!

Gigante de las selvas que los golpes
De cortante segur burlado había,
Y en cuya altiva frente
La rueda de los años impotente,
Su giro igual eterna revolvía,
Hoy de los furibundos aquilones
Al rudo choque, al renovado empuje
Derrumbándose bronco
Triste rechina y estridente cruje.

Rompidas sus prisiones
El cierzo frío por los montes ruge:

Ya con largos silbidos
Entre las ramas desatado muge;
Ya con sordos zumbidos
Arrastra impetuoso
Cuanto a su esfuerzo y rápida carrera
Oponerse quisiera.

¡Ved! Mísero pastor lejos oyendo
Allá en el centro obscuro
El azotar horrendo,
Trémulo y mal seguro
Busca salud, los ojos revolviendo.
¡Ay! no es tiempo de huir; que despedido
El sañudo huracán desciende al llano,
Persíguele en su fuga, y el en vano
Precipita los pies despavorido.
A su medrosa planta
El soplo aterrador ya se adelanta;
Cual fugitiva arista álzase al cielo;
Tórnale a despeñar al duro suelo.

Como cóncava bomba
Que muerte y destrucción pérfida encierra,
Y reventando en enemiga tierra
Con estrago terrífico rimbomba,
De cumbre a cumbre en eco tremebundo
Retumba el fuego con fragor profundo
Y el espanto derrama
Por los inmensos ámbitos del mundo.

De lástima y piedad el pecho lleno
Alonso vio al pastor, salvarle anhela,
Y desalado vuela,
Y al vendaval y al trueno desafía.
¡Noble inútil porfía! De la preñada nube
Con horrísono estruendo
Dispárase el granizo; y resurtiendo
De nuevo al cielo estrepitoso sube.

No con mayor violencia en otros climas
Desátanse torrentes
Que al hondo valle ruedan agitados
De la cumbre de altísimos collados
Que en torno ciñen hielos inclementes.
¡Piedad, buen Dios, piedad! El trueno ronco
Torna a bramar, y el rayo amenazante

Que en su lívido curso alumbra el monte,
Cruza el ancho horizonte
En giro tortuoso y ondeante.

Cual en un terremoto
El suelo entristecido
Desigual bambolea,
Así, al sonar la voz del cielo airada,
En sus quicios el orbe sacudido
Retiembla y titubea...
Y Alonso confundido
Presencia el espectáculo sublime
Que anuncia al Dios que en el empíreo mora,
Su nada reconoce, cae de hinojos,
Y elevando los ojos,
Al Ser Eterno reverente adora.

1834